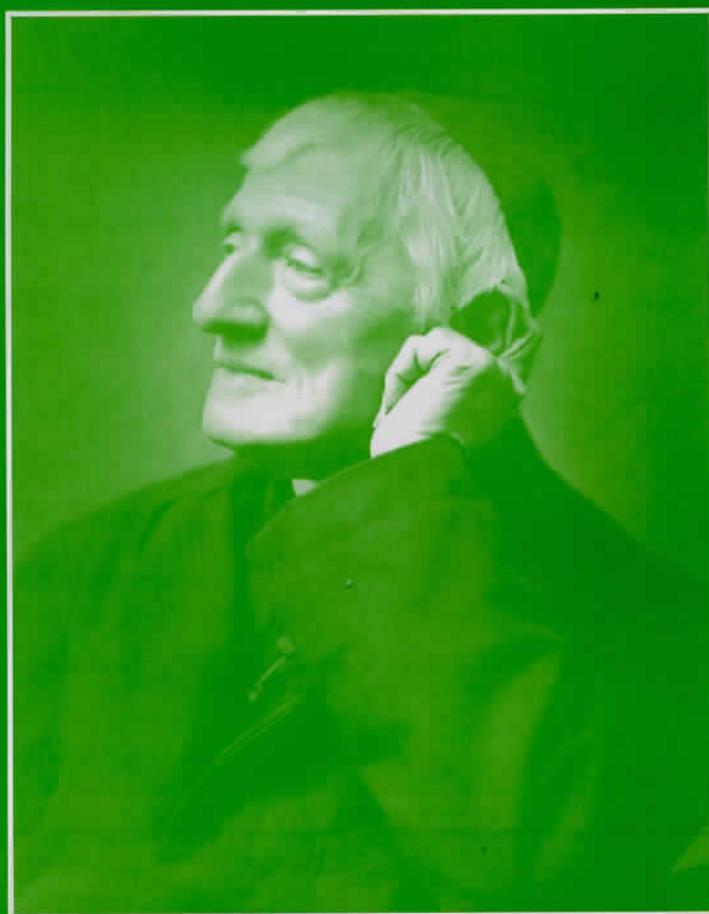


NEWMANIANA

AÑO IX - NUMERO 27

SEPTIEMBRE 1999



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

LIFT - VAN **INTERNATIONAL CO. S.A.**

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m2 cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

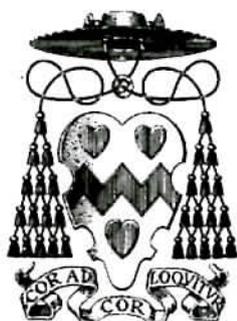
- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 445-0230/0282 • 741-7447/7236/7286 Fax: 741-7211

NEWMANIANA



Año IX - N° 27
Setiembre 1999

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Sra. María Teresa Richards de Riva Posse
Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Sumario

Editorial

Un encuentro

"camino a Roma"2



X° Encuentro Newmaniano

Newman y la música4

Pbro. Fernando María Cavaller



Sermón

Ofrendas para el santuario 21

Comentario y traducción

Pbro. Fernando María Cavaller



Históricas

Agustín y los vándalos29

Bocetos Patristicos, por John Henry Newman

Traducción Inés de Cassagne



Un encuentro “camino a Roma”



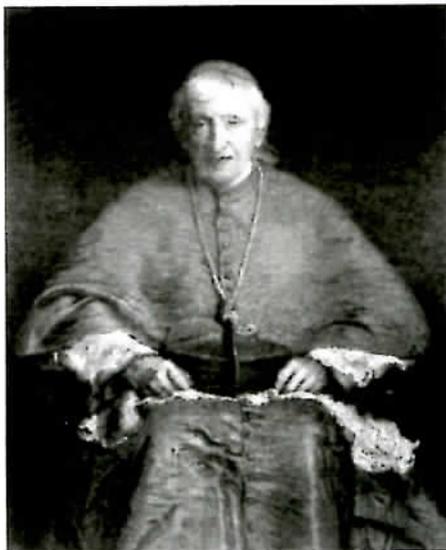
Padre Graham Leonard

*L*a reflexión personal y común sobre la persona y el pensamiento de Newman crecen día a día. El año pasado asistimos al Congreso Internacional en Oxford. Habrá uno similar en el año 2001 con motivo del bicentenario del nacimiento de Newman. Pero cada año, y en distintos países se realizan encuentros y se publican artículos y libros.

El próximo mes de octubre tendrá lugar en Inglaterra THE INTERNATIONAL PATH TO ROME CONFERENCE, Congreso Internacional Camino a Roma. Concurrirán importantes personalidades que disertarán allí. Los organizadores dicen que se trata de “reunir un número de personas eminentes que puedan decir como San Pablo «Por la gracia de Dios soy lo que soy», y dar testimonio de la presencia de esa gracia en el mundo de hoy, de modo que otros puedan darse cuenta de ello, que el Dios Trinitario pueda ser alabado por ello y que la unidad de la

Iglesia de Cristo sea promovida. Estas son algunas de las personalidades, varios de los cuales son conversos al catolicismo: Cardenal López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia; SER Mons. Obiefuma, Arzobispo de Onitsha, Nigeria; SER Mons. Husar, Obispo de Ucrania; Padre Graham Leonard, que fuera Obispo anglicano de Londres; Su Alteza Real la Archiduquesa Alexandra de Austria; Padre Ian Kerr, Newman scholar; Ann Widdecombe, M.P. Sahdow Home Secretary; John Gummer, M.P.; Walter Hooper, ejecutor literario de las obras de C.S.Lewis; Sir Bryan Thwaites, cofundador de Educate 2000. Asimismo tendrá lugar el Encuentro anual general de los Amigos de Newman en Birmingham, el 13 de octubre, con una conferencia a cargo del Dr. Peter Hodgson sobre

“Newman y la ciencia”. La celebración de la Misa con motivo del aniversario de la conversión de Newman será el 9 de octubre, seguida de una conferencia a cargo del padre Charles Owen C.P., conmemorando este año el 150° aniversario de la muerte del Beato Dominic Barberi, quien recibiera a Newman en la Iglesia Católica aquel 9 de octubre de 1845. Aquí hemos tenido ya, modestamente, nuestro X° Encuentro Newmaniano, una de cuyas conferencias ofrecemos en el presente número. Sigamos rezando por la beatificación de nuestro querido Cardenal pidiendo gracias por su intercesión. Tengamos presente sobre todo la fecha del 9 de octubre. Les enviamos un saludo afectuoso a todos los AMIGOS DE NEWMAN argentinos. ✍



ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

X° Encuentro Newmaniano
Tigre, 11 de agosto de 1999

Newman y la música

Conferencia del Pbro. Fernando María Cavaller

Para encuadrar el tema hay que decir, ante todo, que a comienzos del siglo XIX, cuando nació Newman, había ya en Inglaterra un gran entusiasmo por la música de Haydn y Mozart, que había llegado después del largo reinado de los oratorios de Haendel. Se organizaban cada vez con más frecuencia, conciertos y festivales musicales. En Londres se pusieron de moda los Subscription Concerts, promovidos por Johann Salomon. Comenzó el auge de la música de cámara. La música de Beethoven era generalmente desconocida al iniciarse el siglo, pero desde 1805, con la primera interpretación de una de sus sinfonías, George Smart se convirtió en su promotor a través de la Philharmonic Society de la que era miembro fundador. Beethoven fue el compositor preferido de Newman desde el principio.

Newman fue siempre muy aficionado a la música. Lo era ya su padre, y en menor medida su madre. En la escuela de Ealing, su director, el Dr. Nicholas, decía no haber tenido nunca un alumno que progresara tan rápidamente. Por mayo de 1810 (tenía solo 9 años) estudiaba Ovidio y la gramática griega. Por noviembre de ese año ya leía Virgilio. Uno o dos días antes de cumplir sus diez años empezó con la composición de versos en latín. El Dr. Nicholas daba veladas musicales y una vez descubrió al muchacho escuchando en la puerta. Lo hizo entrar. Su padre le regaló un violín. Desde entonces el instrumento fue inseparable de

su vida. Hizo rápidos progresos. Su hermana Jemima estudió el piano y llegó a tocar muy bien.

También tuvo desde sus primeros años un marcado gusto por el teatro. Cada año, desde 1813 hasta que dejó la escuela, uno de sus intereses más grandes y absorbentes era la parte que se le había dado en la obra que se representaba al final del curso. Tuvo los roles de Hegio en el *Phormio*, de Pythias en el *Eunuchus*, de Cyrus en el *Adelphi*, y de Davus en el *Heautontimorumenos*, de donde cobró afecto especial por Terencio hasta el fin de sus días. Pero no se conformaba con ver actuar a otros o actuar él mismo. Cuando regresaba a su casa en las vacaciones, persuadía a sus hermanos y hermanas a tomar parte en obras y comedias que él mismo componía. A los catorce años representaron una ópera cómica completa, cuya letra y música eran suyas.

En 1816 fue con su madre a un concierto en el King's Theatre de Londres, dirigido por Spagnoletti, cuyo programa incluía obras de Haydn, Cherubini, Mozart y Beethoven. El entusiasmo era con este último, pero Newman llamaba a Beethoven "the Dutchman" (el holandés) porque era "van" Beethoven, y lo hacía para fastidiar a su maestro de música¹. En octubre de ese año hizo una copia de una serie de variaciones sobre aires franceses, que llevó a Oxford en 1817.

Cuando llegó allí, como estudiante en el Trinity College, su distracción habitual era el violín,



Beethoven, Mozart y Haydn (de izq. a der.)

por lo cual rabiaban sus compañeros y le molestaban, tratando además de que los acompañara a sus borracheras. Al fin, su calma, su autocontrol y su firme determinación de ser él mismo y seguir su camino, puso fin a estas tácticas. Parece que el gusto por la música era inusual en los círculos universitarios de aquellos días. Pero ciertamente la había, no solo en los servicios religiosos anglicanos, sino fuera. Encontramos a Newman en 1820 en encuentros de música de cámara con otros entusiastas como él. St. John College era el cuartel general del grupo. Le cuenta en una carta a su hermana Harriet que había estado practicando toda la tarde, desde la siete hasta medianoche.² En otra carta le dice a Jemima: “No te sorprendas de que mi estilo sea incoherente o mis oraciones no musicales, pues la primera sinfonía de Haydn está resonando en mis oídos y distrae mi atención por su belleza. He traído a casa para entretenerme el original griego de Esquilo y he comenzado a aprender sus Coros de corazón; tengo pensado llevar uno o dos de ellos a la música; luego tengo que componer un concierto...”³

Lo vemos en las vacaciones de 1821 leyendo mineralogía, química, junto con sus primeros estudios sistemáticos de las Escrituras, pero también estudiando los elementos de composición musical.

Y eso que venía del fracaso en sus exámenes, por agotamiento, pero sabiamente se dedicaba a las cosas que más le gustaban para descansar la mente. A su madre le escribe, jugando con su nombre italianizado, como corresponde al ámbito musical: “Me alegro de informarte a ti y a Harriet que el Signore Giovanni Enrico Neandrini ha concluido su primera obra. La melodía es suave y airosa y está bien sostenida por la armonía”.⁴ Y luego agrega en otra carta a Jemima: “¡Tengo la satisfacción de anunciarte que mi famosa pieza de música está terminada! Consiste en dos movimientos, el primero de lo cuales tú lo has visto. Del segundo no puedo juzgar bien porque no lo he escuchado. Le dije a mi madre que las melodías eran suaves y airosas en una crítica jocosa, e infortunadamente muy irónica, pues son, como todos mis intentos melódicos, muy pesadas. La armonía, sin embargo, espero que esté libre de esas faltas groseras como las quintas consecutivas (octavas sí permito). Dile a Mary que espero tener la gracia de escucharos a ti y a ella ejecutar la parte del piano, suponiendo que la pieza sea aceptada: me cansé hasta terminarla, de modo que el triunfante tamborileo final es un anticlimax completo”.⁵

La posición del Oriel College era singular, tenía una reputación sin igual en el Oxford del siglo



La familia Newman. De izq. a der.: Francis, Mrs Newman, Harriett, John Henry y Jemima (de un dibujo de María Giberne, c. 1830)

pasado. El College de más prestigio elegía a sus "fellows" según una estricta selección, y era por entonces el ámbito donde estaban las grandes mentes. Newman se presentó como candidato, y a pesar de que tenía pocas esperanzas de éxito, no descartó la posibilidad. Fue elegido el 12 de abril de 1822. Solía contar la historia a menudo. Estaba tocando el violín cuando el mayordomo del Provost (superior) del Oriel entró en su habitación para hacerle el anuncio. El mensajero, pensando que era apropiado hablar en términos austeros, muy inglés por cierto, le dijo que temía tener que darle una noticia desagradable: había sido elegido fellow de Oriel y su presencia era requerida allí inmediatamente. Newman respondió secamente "Muy bien", y siguió tocando el violín. El mayordomo, ya considerablemente sorprendido por la ocupación musical que nunca había visto en ningún fellow del Oriel, se echó atrás ante la respuesta fría y dijo que temía haberse equivocado de habitación. Ni bien se fue, Newman dejó el violín y corrió con su capa y birreta hasta el lugar donde habitaría los próximos veintidos años.⁶

La amistad es entre iguales. William Bowden, el primer gran amigo que Newman encontró en Oxford, tocaba el violoncello. En una carta le

cuenta algo que a su vez Newman relata a su hermana Jemima: "Me contó que Sola, el maestro de música de su hermana, trajo a Rossini a cenar a Grosvenor Place no hace mucho, y que tanto como pudo juzgar (pues no habla inglés), es un hombre tan modesto y servicial como agitado, pensando que debe parecer gustoso de todo y deseoso de hacerse agradable. Luchando con un severo resfrío, no pudo cantar, pero acompañó dos o tres de sus propias canciones de la manera más brillante, dando al piano el efecto de una orquesta, no, de tres orquestas, dice Eleanor que fue. Como vino de modo privado y no profesional, Bowden lo llamó y lo encontró rodeado en una habitación oscura y baja, por 8 o 9 italianos, todos gritando como guacamayos (imagínate) y a Madame Colbran Rossini con un vestido sucio y el pelo con rizos de papel, haciendo tal griterío que se sintió feliz de poder escapar tan rápido como pudo".⁷

En septiembre de 1825 va a la residencia de los Bowden en Southampton, por unos días de vacaciones y desde allí escribe: "Hemos tenido música casi todas las tardes. Como sabes, Bowden toca el bajo".⁸ Sin embargo, el año siguiente le responde a Edward Smedley, editor de la Enciclopedia Metropolitana, donde Newman estaba colaboran-



Joseph Blanco White (1775-1841)

do con algunos artículos sobre los Padres de la Iglesia: "Me temo que debo renunciar al artículo sobre música, pues mi conocimiento sobre la materia no es del todo suficiente como para justificar el que escriba sobre él".⁹ Lo cual muestra por un lado que si se lo habían ofrecido es porque sabía, y por otro la humildad y la honestidad intelectual que lo caracterizarán siempre. Ese año de 1826 Joseph Blanco White, un sacerdote católico que se había hecho anglicano, entró como *fellow* en el Oriel. Era violinista y admirador de Beethoven también, y se integró a los encuentros de música de cámara. Así relata John Mozley, cuñado de Newman, una de esas veladas: "Con Reinagle [cello], Newman [viola] y Blanco White teníamos frecuentes tríos en las habitaciones de éste último, donde yo era todo el auditorio...Era muy interesante el contraste entre el rostro excitado y de veras agitado de Blanco White y la inmovilidad de esfinge de Newman, que tocaba largas notas con mano firme".¹⁰

Otros conocidos de Newman, todos *fellows* de distintos *Colleges*, que integraban estos conjuntos camarísticos, eran Rogers, Donkin, Rowden. Este último parece que era uno de los mejores contrabajistas de Inglaterra. Hacia octubre de 1832 encontramos otra pasaje en una carta a su amigo Hurrell Froude: "Oxford no ha empezado aún a llenarse. El mes pasado he estado enteramente ocioso. El violín ha sido mi único cuidado, y, aunque no he practicado ni progresado mucho, veo que pude tocar mejor que nunca, y con regular atención hacer lo que quería".¹¹

Por supuesto, la inclinación por la música no iba sola, sino acompañada por un talento singular respecto a la poesía, es decir a la musicalidad de las palabras. Newman fue poeta desde muy joven. Precisamente la primera poesía, de las 178 que componen *Verses on Various Occasions*, recopilación hecha por él mismo al final de su vida, escrita a los 17 años, que lleva por título "Soledad", nos introduce en el mundo místico de Newman, donde están las imágenes y sonidos celestiales que llenaban su imaginación y su fe. Dicen algunos de sus versos:

*Hay un Espíritu cantando en el aire, sí,
que nos eleva por encima de la humana
inquietud.*

*Ningún compás mortal aumenta ese místico
sonido,*

*ningún juglar mortal exhala en derredor esos
tonos,*

*el himno de los ángeles, la soberana armonía
que guía las esferas que dan vueltas por el cielo,
y acaso las historias de los santos que
contemplaron*

y escucharon los angélicos coros en soledad.

*No escuchados por los más,
porque el estrépito mundano del trabajo o
las risas*

tienen hechizos para ganar sus oídos.

*¡Ay del hombre! que no sabe del éxtasis,
del cielo que alegra una vida semejante".¹²*



John
Bowden

Blanco White, editor del *London Review*, pidió a Newman dos contribuciones, una sobre la Poética de Aristóteles y otro sobre música. El primero fue escrito en 1828, el segundo quedó otra vez en proyecto. Pero en el primero dice cosas como esta: "Podemos vincular el drama griego a la música de la escuela italiana, en la cual lo asombroso es cómo tal riqueza de invención en detalle puede ser acomodada a un estilo tan simple y uniforme. Todo es el desarrollo de la gracia, imaginación, pathos, y gusto, en los medios respectivos de representación y sonido".¹³

Amigo de Keble, gran poeta e inspirador del Movimiento de Oxford, autor de la célebre colección de poesía religiosa *The Christian Year*, Newman encontró en ella consuelo después de la muerte de su hermana Mary, y fundamento para uno de sus principios teológicos fundamentales: el principio sacramental. Así lo expresará en la *Apología* de 1864 al recordar esos años: "*The Christian Year* apareció en 1827...no creo equivocarme si digo que las dos principales verdades intelectuales que me trajo son las mismas que yo había aprendido de Butler, pero remodeladas por la inteligencia creadora de mi nuevo maestro. La primera fue lo que puede llamarse en el sentido nato de la palabra, el sistema sacramental, es decir, la doctrina de que los fenómenos materiales son, a par, figuras e instrumentos de realidades invisibles".¹⁴ Pero también la obra le dio inspiración para emprender junto a su otro amigo, Froude, una serie de poemas para el *British Magazine*, como un medio de promover sus ideas acerca de la naturaleza de la Iglesia, y el título fue *Lyra Apostolica*.

Por esta época encontramos un sermón sorprendente, predicado en St. Mary en octubre de 1831, titulado *El peligro de los talentos*.¹⁵ El sermón contiene una visión acorde a su reciente abandono del evangelismo sentimentalista al que había pertenecido en sus comienzos, y hace una crítica a ciertas costumbres de la época en cuanto a las lecturas de novelas, la composición de poesía y música religiosa, y al uso de la artes en general. Es un tanto duro en sus reparos, pero no deja de ser verdad que existe el peligro de lo que podríamos llamar un espíritu diletante, o esteticista, sentimentalmente relacionado con el objeto, sea literario, pictórico o musical, pero no inclinado a poner en práctica realmente lo que se contempla. Se trata de la relación entre arte y moral, o más bien entre arte y religión, entre arte y fe, entre arte y virtud cristiana.

Algunos párrafos podemos recordar aquí:

No estoy hablando del aprendizaje humano; esto también muchos hombres piensan que es inconsistente con una simple fe incorrupta. Suponen que aprender debe hacer orgulloso a un hombre. Esto es, por supuesto, un gran error, del que no estoy hablando, sino de un celo desmedido hacia los talentos, la artes elegantes y los estudios, tales como la poesía, la composición literaria, la pintura, la música, y cosas semejantes, que por cierto no hacen orgulloso a un hombre, pero le hacen frívolo...El peligro de una educación elegante y refinada es que separa el sentimiento de la acción; nos enseña a pensar, a hablar, a conmovernos correctamente, sin forzarnos a practicar lo que es correcto...Me opongo mucho a ciertas novelas "religiosas" que algunas personas piensan tan útiles; que hacen bien a veces no lo niego, pero hacen más daño que bien. Hacen daño en el fondo, pues llevan a los hombres a cultivar los afectos religiosos separados de la práctica religiosa...El caso es el mismo con la artes aludidas, la poesía y la música. Son especialmente apropiadas para hacernos afeeminados, si no estamos en guardia, al excitar emociones sin asegurar la práctica correspondiente, destruyendo así la conexión entre sentimiento y acción, pues aquí entiendo por afeminamiento la incapacidad de hacer con nosotros lo que deseamos, de decir cosas refinadas y yacer perezosamente en nuestro sofá, como si no pudiésemos levantarnos aunque siempre lo hayamos deseado...Y aún más, debe observarse que el arte de la composición, que es un talento importante, tiene en sí la tendencia de hacernos artificiales e insinceros. Pues estar siempre atendiendo a la finura y propiedad de nuestras palabras es (o al menos existe el riesgo de que lo sea), un tipo de acción, y conocer lo que debe ser dicho sobre ambos lados de un asunto es un paso importante para pensar que es tan bueno uno como el otro. De aquí que hombres de los tiempos antiguos, que cultivaron la literatura cortés, se los llamó "sofistas", es decir, hombres que escribían elegantemente y hablaban elocuentemente sobre cualquier tema, con verdad o en el error..

Nada es tan común como caer en la práctica de expresar finos sentimientos, especialmente al escribir cartas, como algo corriente, o un tipo de demostración elegante. Nada más común al cantar que usar palabras que tienen un significado vacío o malo. Todas estas cosas son perjudiciales a la seriedad de carácter...

Newman no fue de estos. Su amor por la poesía, la música, las artes, todo el talento cultural que bebió en su época, lo refirió permanentemente a la fe, y a la teología, y lo practicó en su vida de cristiano y de sacerdote que debía predicar. Su horror a las "palabras irreales" (título de un famoso sermón suyo)¹⁶ era palpable, y se nota aún al leerlo hoy que sus palabras brotaban de la experiencia vivida.

Así, música y teología fueron de la mano. Su sensibilidad por la música fecundó su mente de modo que en sus escritos teológicos abundarían las analogías con el mundo de los sonidos. En realidad es precisamente el principio sacramental ya enunciado, que aquí significa el mundo invisible velado por el mundo visible, en este caso, manifestado en los sonidos.

Cuando en la *Apología*, recuerde sus primeros contactos con los Padres de la Iglesia al escribir su primer libro sistemático, *Los Arrianos del siglo IV*, dirá:

"No sé cuándo comencé a considerar que la antigüedad era la verdadera fuente de las doctrinas de la cristiandad y la base de la iglesia anglicana ...Lo que más me atrajo en el período anteniceño fue la gran Iglesia de Alejandría, centro histórico de enseñanza por aquellos tiempos. De Roma se sabe relativamente poco en aquellos siglos. La batalla contra el arrianismo se dio primeramente en Alejandría; Atanasio, campeón de la verdad, fue obispo de Alejandría; y en sus escritos hace referencia a grandes nombres religiosos del pasado, a Orígenes y Dionisio, y otros que fueron gloria de su sede o de su escuela. Me arrastró la amplia filosofía de Clemente y Orígenes: la filosofía, no la doctrina teológica, y algunos de sus rasgos puse de relieve en mi obra, con celo y candor y, también, con la parcialidad de un neófito. Algunas partes de su doctrina, magníficas en sí mismas, sonaban en mi oído interior como una música, como respuesta a ideas que yo había amado por tanto tiempo, con poco ambiente exterior para favorecerlas. Estas doctrinas se basaban en el principio místico o sacramental, y hablaban de varias dispensaciones o economías del Eterno".¹⁷

En 1833 realizó el viaje con Froude al Mediterráneo, por cierto muy fructífero en obras poéticas, especialmente en el camino de retorno después de la terrible enfermedad que sufrió en Sicilia. Pero estando en Roma, justo en Semana Santa, se empeñó en tomar contacto con el Padre Fortunato Santini, bibliotecario musical del Vaticano, ansio-

so por conocer más sobre el Canto gregoriano, por el que había gran interés en Inglaterra entre los clérigos de la Iglesia Alta. Dice en carta a uno de sus discípulos de Oriel: *"Me he encontrado con un abate, un hombre muy agradable y bien informado que tiene una gran provisión de música antigua. Siento gran deseo de conocer sobre el tema, pues aunque soy muy adepto a la música, soy muy ignorante y tengo poca oportunidad de llegar a conocerla como un lenguaje".¹⁸*

También desde Roma cuenta lo siguiente a un *Fellow* de Oriel:

"Esta semana última hemos escuchado el célebre Miserere, o mejor los dos Misereres, pues hay dos composiciones, de Allegri y de Baini, tan parecidas una a la otra que los ejecutantes mismos difícilmente pueden decir cuál es la diferencia. Uno se ejecuta el Jueves y otro el Viernes Santo. Las voces son ciertamente muy sorprendentes, no hay instrumentos que las acompañen, pero tienen el arte de continuar las notas tan larga e igualmente, que el efecto es como si se estuviera tocando un órgano, o mejor un órgano de cuerdas de violín, pues las notas son más claras, sutiles y penetrantes, y más apasionadas (por así decir) que las del órgano. La misma música sin duda muy refinada, como todo el mundo dice, pero me encontré incapaz de entender todas sus partes. Aquí y allá era extremadamente fina, pero es imposible entender tal composición escuchándola una o dos veces. En su estilo es muy semejante a la música de Corelli más que ninguna otra que conozca, aunque muy diferente también, y esto no es asombroso pues Corelli era Maestro de Capilla del Papa, y por ello educado en la escuela de Allegri, Palestrina y el resto".¹⁹

El interés por la Iglesia de los Padres no sólo plasmó en estudios teológicos sino históricos, y esto dio lugar a numerosas publicaciones de semblanzas de grandes figuras del cristianismo primitivo, ensayos que aparecieron en la *British Magazine* entre 1833 y 1836, y fueron luego publicados en un volumen en 1840. De allí extraemos el relato del nacimiento del canto ambrosiano, la música sacra más primitiva que conoce la Iglesia, y que nos muestra la atmósfera que respiraba Newman:

"Se ha hecho mención a la Salmódica que Ambrosio adoptó en ese tiempo. La historia de su presentación está curiosamente conectada con el tema que estamos considerando e interesa desde que éste fue el comienzo del cambio en el estilo de la música de la Iglesia, que se divulgó en el oeste y continúa aún entre nosotros hoy día; es como sigue:

como el año anterior, se enviaron soldados para rodear su Iglesia a fin de impedir las celebraciones católicas en ella; pero siendo los soldados cristianos y temiendo la excomunión, permitieron el ingreso del pueblo, pero no lo dejaron abandonar el edificio. Esto no era un gran inconveniente para ellos como pudiera parecer a primera vista: las primeras Basílicas no eran distintas a los templos paganos o a nuestras propias capillas universitarias, eso es, parte de una línea de edificios que contenía la vivienda de los eclesiásticos, formando una fortaleza en sí misma que podía fácilmente ser fortificada desde dentro o bloqueada desde fuera. En consecuencia, el pueblo quedó encerrado dentro de los sagrados recintos por unos días y el obispo con él. Aparentemente existía también la idea de que el obispo sería desterrado o ejecutado; y naturalmente el pueblo se quedó con él para «ver el final», para sufrir con él o para él, según el temperamento o los principios que guiaran a cada uno. Algunos llegaron tan lejos como para atrancar las puertas de la Basílica. Ambrosio no pudo impedir este procedimiento, innecesario como lo era, por los buenos sentimientos de la soldadesca hacia el pueblo; y por lo demás era ciertamente impracticable a la perfección necesaria para constituir suficiente seguridad.

Algunas personas pueden creer que Ambrosio debió haber usado su máxima influencia contra estas acciones, ya que en su sermón al pueblo solamente insiste en su inutilidad y estimula la conveniencia de recurrir simplemente a Dios y en modo alguno a tales recursos para eludir un mal. Debe recordarse sin embargo, que él y su gente en ningún sentido extrajeron la espada de la vaina; se limitó a una resistencia pasiva. No había violado ley alguna; la propiedad de la Iglesia era requerida por un tirano: sin usar violencia alguna, tomó posesión de lo que estaba obligado a defender con su vida... Sin embargo, era una situación evidentemente incómoda para un obispo cristiano, quien podría ser visto como responsable por todas las consecuencias aunque sin control sobre ellas. Un motín podría iniciarse en cualquier momento, el que no estaría en sus manos detener.

Bajo estas circunstancias, con admirable presencia de ánimo, se dio maña para mantener a la gente quieta y, a través de los Salmos, dirigir sus mentes hacia objetivos más elevados que los que la rodeaban. Los cantos sagrados fueron una forma especial por la que los de Antioquía mantuvieron vivo el espíritu de ortodoxia en tiempos de los

arrianos; y desde el comienzo un tipo peculiar de canto —la antifona o responsorial, contestando a nuestro canto antiguo— fue utilizado en honor de la sagrada doctrina que la herejía atacaba.

Ignacio, discípulo de San Pedro, se dice introdujo esta práctica en la Iglesia de Antioquía como himno de alabanza a la Trinidad. Flavio, luego obispo de esa sede, lo revivió durante la usurpación arriana para gran aprovechamiento y aliento de los católicos oprimidos. Crisóstomo lo empleó durante las vigiliat en Constantinopla en oposición al mismo herético partido; y similares vigiliat fueron establecidas por Basilio en los monasterios de Capadocia.

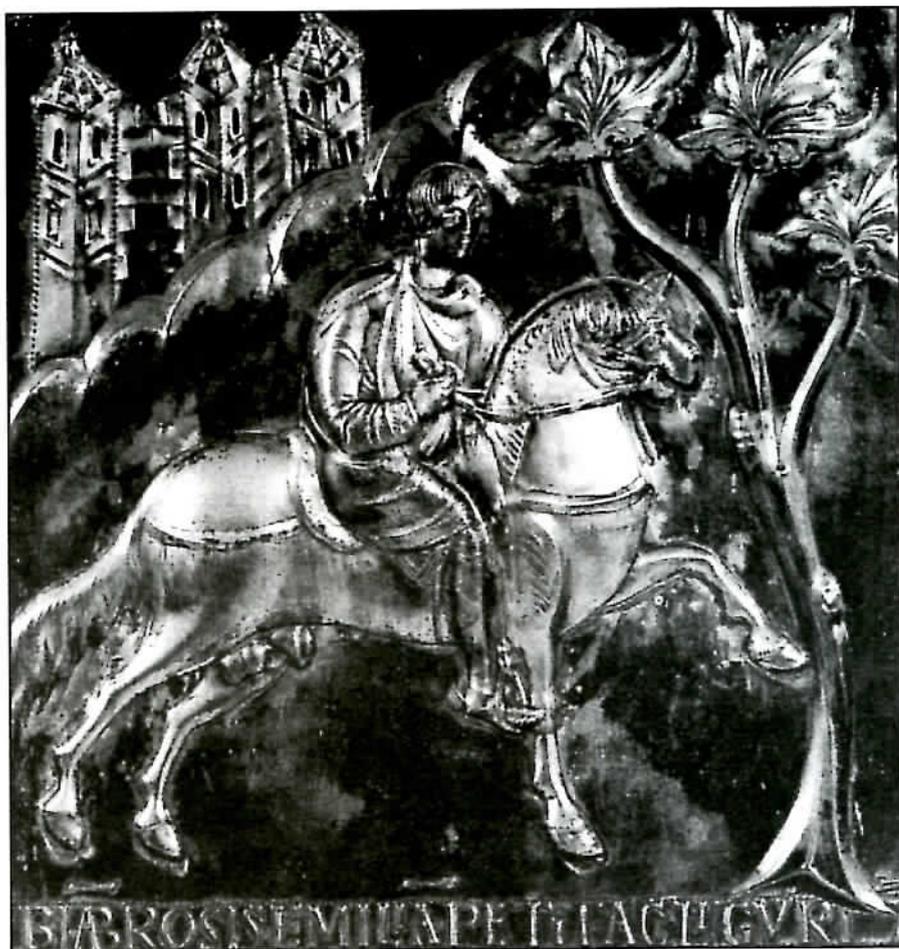
La multitud reunida, confinada día y noche dentro de las puertas de la basílica, se asemejaba a un cuerpo monástico pero sin su disciplina, y Ambrosio acertadamente consideró que la novedad y solemnidad de los cánticos orientales, en alabanza de la Santísima Trinidad, le interesaría y a la vez serenaría durante la peligrosa tentación a la que estaba expuesta. El recurso tuvo resultados más satisfactorios aún que los anticipados por el obispo; los soldados fueron afectados por la música y tomaron parte en ella; y, como nada más sabemos del bloqueo, debemos suponer que así finalizó, debiendo el gobierno pasar por alto lo que no podía evitar.

Puede interesar al lector leer el relato de este episodio que hace San Agustín, y el efecto de los salmos sobre él mismo al tiempo de su bautismo:

«...Cuántas lágrimas derramé durante la ejecución de tus himnos y cantos, agudamente afectado por las notas de tu melodiosa Iglesia. Mis oídos bebieron esos sonidos, se destilaron en mi corazón como verdades sagradas, rebosaron desde allí en piadosa emoción, brotaron hacia fuera en lágrimas y en ellas me alegré».

En otro lado dice:

«A veces, por exceso de desconfianza, alejaba completamente de mí y de la iglesia las melodías de los dulces cantos que usamos en el salterio, por temor a que mis oídos me seduzcan; y el método de Atanasio, Obispo de Alejandría, parece más seguro, quien, como frecuentemente he escuchado, hacía que el lector cantara con tan tenue cambio de nota, que más parecía hablado que cantado. Y sin embargo, cuando traigo a mi mente las lágrimas que derramé cuando en la infancia de mi fe escuché los cantos de Tu Iglesia, y reflexiono que aún ahora me afecta, no por la mera música, sino por el tema expuesto por claras voces y apropiada



Ambrosio sale de Milán para evitar ser elegido obispo (relieve del altar de oro de Volvinio, siglo IX, Basílica de San Ambrosio, Milán).

entonación, entonces, a mi vez, confieso cuán útil es esa práctica» (Confesiones, IX,14;X,50).

Tal era la influencia de los cantos ambrosianos cuando por primera vez fueron introducidos en Milán por el gran obispo cuyo nombre llevan; allí aún son usados, en toda su majestuosa austeridad que les dio su poder originario, y una gran parte de la Iglesia Occidental utiliza esa modificación que les introdujo el Papa Gregorio en Roma a comienzos del siglo VII [el canto gregoriano].²⁰

Littlemore fue su segundo lugar de ministerio sacerdotal después de Oxford desde 1836. Allí levantó una iglesia y realizó una labor verdaderamente parroquial.

En una carta cuenta que “los niños están mejorando en su canto. He tenido la audacia de enseñarles algunos tonos nuevos. También he desempolvado un violín y lo he encordado, y en lunes y jueves comencé a encabezar una reunión de entre 20 y 30 personas, grandes y chicos, en el salón es-

colar. Más aún, he empezado con el canto llano, y a modo de experimento, con canto gregoriano, que los chicos parecen captar, aunque no lo han aprendido todavía, porque, veo que les hace sonreír, pero puede ser que se rían de mí. Los estoy catequizando en la iglesia también y los he llevado de manera que tienen interés..”²¹

Newman usaba una colección de salmos e himnos, cantos llanos y otras músicas recopiladas por la iglesia de St.Peter de Oxford, bajo la dirección de Walter Hamilton, fellow de Merton College y futuro obispo de Salisbury.

Hemos dicho ya que la música se vinculaba a la teología por medio de analogías que Newman usaba con tanto talento, método que había aprendido del obispo Butler desde sus lecturas juveniles en Oriel. Sus *Sermones Parroquiales*²² conforman un compendio de su teología. En 1841 predicó un sermón de cuaresma sobre “La cruz del Cristo,

medida del mundo”, donde expresa una de esas analogías musicales:

*“Permitidme preguntar: ¿cuál es la clave real, cuál la interpretación cristiana de este mundo? ¿Qué se nos ha dado por revelación para estimar y medir este mundo? La crucifixión del Hijo de Dios. La gran lección para nosotros acerca de cómo pensar y hablar de este mundo, es la muerte del Verbo Eterno de Dios hecho carne. Su Cruz ha puesto el verdadero valor sobre cada cosa que vemos; sobre todas las fortunas, ventajas, rangos, dignidades y placeres; sobre la lujuria de la carne, la lujuria de los ojos y el orgullo de la vida. Le ha puesto un precio a las excitaciones, rivalidades, esperanzas, temores, deseos, esfuerzos y triunfos del hombre mortal. Ha dado un significado al variado y desviado curso de los problemas, tentaciones y sufrimientos de su estado terrenal. Ella ha unido y hecho consistente todo lo que parece discordante y sin objeto. Nos ha enseñado cómo vivir, cómo usar de este mundo, qué esperar, qué desear, en qué confiar. Es el tono en el cual se resuelven finalmente todas las disonancias de la música de este mundo”.*²³

Otra colección, más pequeña, de sermones son los *Sermones predicados sobre temas del momento*; en uno de 1838 titulado *La fe y el mundo*, dice Newman en una analogía musical, esta vez en relación a nuestra naturaleza y el cielo para el que fuimos creados:

*“Contesto admitiendo que la religión es en este sentido antinatural, pero sostengo que Cristo vino a traer una naturaleza más elevada a este mundo de los hombres, y esto no podía ser hecho sin interferir con la naturaleza que pertenecía originalmente al mismo. Donde el sistema espiritual corre contra el natural, el natural debe irse. Dios ha querido por su gracia llevarnos al cielo; practicar una vida celestial en la tierra, es ciertamente una cosa por encima de la tierra. Es como tratar de ejecutar alguna armonía superior y refinada en un instrumento insignificante. Al intentarlo, ese instrumento estaría exigido más allá de sus fuerzas, y sería sacrificado por grandes ideas más allá de sí mismo. Así también, en cierto sentido, esta vida, y nuestra naturaleza actual, es sacrificada por el cielo y la nueva creatura, de modo que mientras nuestro hombre exterior perece, nuestro hombre interior pueda ser renovado día a día”.*²⁴

La música celestial de nuestro ser glorificado sobrepasa el instrumento de nuestro ser natural. La analogía supone que el instrumento debe ser

sacrificado, podría entenderse que destruido. Si se entiende bien, Newman se estaría refiriendo a la cruz y la muerte, que son camino de la resurrección, no a una aniquilación. Si quisiéramos ser muy severos, podríamos leer el pasaje como influenciado por la tendencia calvinista protestante de sus primeros años, más pesimista sobre el estado de la naturaleza caída por el pecado. Pero en 1838 Newman ya había superado estas posturas, aunque siempre se mantuvo firme en la distinción natural-sobrenatural, creación-nueva creación, tierra-cielo, mundo-eternidad, en una tensión auténticamente cristiana, según el principio sacramental.

Sus *Sermones Universitarios*,²⁵ verdaderas conferencias que leyó como predicador invitado oficialmente quince veces delante de la Universidad congregada en St. Mary, estaban circunscriptos a la relación entre razón y fe. En el último, *Teoría del desarrollo de la doctrina religiosa* (1843), expresa en el marco del principio sacramental, cómo la realidad visible (audible en este caso) es vehículo y al mismo tiempo esconde una realidad invisible más profunda, el mundo invisible en el que habita Dios:

“Otro ejemplo de «economías» o forma exterior y terrestre bajo la cual parece que se tipifican grandes maravillas desconocidas: me refiero a los sonidos musicales tal como se muestran de manera excelente en la armonía instrumental. Hay siete notas en la escala, pongamos doce, ¡qué pocos tan escasos para un obra tan inmensa! ¿Cuál de las ciencias saca tanto provecho de tan pocos elementos? Un gran intérprete llega a crear un mundo nuevo tañendo instrumentos bien pobres. ¿Diremos que toda esta exuberancia inventiva es una mera ingenuidad o un artificio de la habilidad, como un juego o moda del momento, sin ninguna realidad, sin ningún sentido? Alguien podría decirlo y, en tal caso, quizá consideraría también la ciencia teológica como un mero asunto de palabras. Pero, así como hay algo divino en la teología de la Iglesia, que los que lo sienten no pueden comunicar, así también lo hay en la maravillosa creación de sublimidad y belleza de que estoy hablando. Para mucha gente, hasta los nombres que emplea la ciencia son totalmente incomprensibles. Hablar de sus temas o contenidos puede parecer cosa caprichosa o inútil; hablar de las perspectivas que nos abren, puede parecer extravagancia pueril. Pero ¿es posible que aquella cadencia de notas, con sus arreglos inagotables, tan rica y tan simple,



*tan revuelta y regulada, tan variada y majestuosa, no sea más que un sonido que se va y perece? ¿Puede ser que aquellas misteriosas conmociones del corazón, sutiles emociones, extraños anhelos de algo que no podemos precisar, y sublimes impresiones que no sabemos de dónde proceden, hayan sido forjadas en nosotros por algo que no tiene consistencia, que viene y se va, que empieza y termina sin trascender sus límites? No es así; no puede ser así. Deben de haberse desprendido de alguna esfera superior; son las emanaciones de la armonía eterna en el ámbito del sonido creado; son los ecos de nuestro hogar, la voz de los ángeles, el Magnificat de los santos, leyes vivas del gobierno divino o sus atributos. Algo son más allá de sí mismas, algo que no podemos abarcar con el entendimiento, algo que no podemos articular; aunque el hombre mortal tiene el don de sentir las realmente, y quizá en esto radica su distinción de los demás seres terrestres”.*²⁶

Este sermón fue el precursor del Ensayo sobre el mismo tema que escribiría dos años más tarde, y que decidiría finalmente el paso al catolicismo. Newman lo dio el 9 de octubre de 1845 en Littlemore. No es casual que haya elegido, después de su conversión, la vida oratoriana, que entre sus características, impresas por su fundador, San Felipe Neri, incluía la dedicación a la música sacra. El

nombre “Oratorio”, que iba a designar una de las formas musicales religiosas, nació precisamente entonces.

Durante aquellos meses en Roma, preparándose para la ordenación sacerdotal, surgió la novela *Perder y ganar*, ambientada en el ambiente estudiantil de Oxford, con un argumento casi autobiográfico. Entre sus diálogos leemos también consideraciones musicales en el marco de discusiones de tipo litúrgico, y en relación a la arquitectura, como las que siguen. Obsérvese también su aplicación de la teoría del desarrollo a la música, y sus apreciaciones históricas (Newman viene a ser Charles Reding):

“Al terminar de cenar se dieron cuenta de que el tema del gregoriano y el gótico se había quedado a medias...”

Campbell: Pues entonces, lo que yo tengo contra el gótico y el gregoriano cuando se juntan, es que son dos ideas, no una. En iglesias góticas pon música polifónica y deja el gregoriano para las basílicas.

Bateman: Querido Campbell, tú te olvidas de que el canto gregoriano ha acompañado siempre las naves góticas, los ornamentos góticos, las miras góticas y los cálices góticos.

Campbell: Nuestros antepasados hacían lo que podían. Fueron grandes arquitectos pero músicos

mediocres. No podían usar lo que no se había inventado. Cantaban gregoriano porque no tenían a Palestrina.

Bateman: ¡Paradoja! ¡Paradoja!

Campbell: Es muy probable que exista alguna conexión entre los orígenes y la naturaleza tanto de las basílicas como de la monodía del gregoriano. Las dos son anteriores al cristianismo, las dos tienen orígenes paganos, las dos fueron adoptadas después por la Iglesia.

Bateman: Perdón. El gregoriano era judío, no pagano.

Campbell: Pues muy bien, judío; no voy a entrar a ese trapo. El caso es que no es de origen cristiano. Y además, tanto la arquitectura antigua como la música antigua tenían muchas limitaciones por ser intrínsecamente rudimentarias. No puede hacerse un templo griego inmenso ni un Gloria gregoriano largo.

Bateman: ¡Que no puede hacerse un Gloria largo! El pobre Willis solía quejarse de lo aburridos que eran los cantos gregorianos en el extranjero.

Campbell: A ver si me explico. Claro que pueden hacerse todo lo largos que se quiera pero a base de acumular, no desarrollando una melodía. Tú puedes tomar y poner dos cosas juntas y el resultado será el doble de grande que por separado. Pero yo me refiero a una pieza musical que debe ser el desarrollo natural de unas ideas determinadas que dependen unas de otras. Con la arquitectura igual; claro que puedes hacer un templo jónico el doble de largo o de ancho que el Partenón, pero anularías por completo la belleza de las proporciones. Pues eso es lo que quiero decir: que la arquitectura primitiva y la música primitiva llegan enseguida a sus límites, se agotan pronto, y no puede hacerse nada más. Y si lo intentas, es como forzar un instrumento musical más allá de sus posibilidades.

Charles: Bateman, intenta toca un rigodón con un bajo y verás lo que quiere decir con eso de forzar un instrumento.

Bateman: He oído decir que Lindley toca todo tipo de canciones ligeras con un bajo y que es sorprendente.

Charles: "Sorprendente" es la palabra justa. Uno se pregunta ¿cómo puede hacerlo?; es asombroso para un bajo, pero en sí mismo no es agradable. De igual manera, nunca me ha gustado cuando Mr Tal y Cual hace balar a la flauta dulce o rebuznar al oboe; eso es forzar al pobre instrumento a algo para lo que no está hecho.

Campbell: Eso es literalmente así para la música gregoriana. En la antigüedad no había instrumentos que pudieran hacer otro tipo de música. Pero hablo un poco al tuntún; Mr Reding parece ser más entendido que yo en la materia.

Charles: Como usted dice, siempre he pensado que la música moderna no comenzó hasta el momento en que se descubrieron las posibilidades del violín. El mismo Corelli, que escribió su música sólo hace doscientos años, difícilmente se lo pudo imaginar. Y el piano igual; hay quien dice que el piano es en realidad quien ha hecho nacer a Beethoven.

Campbell: O sea, que la música moderna no podía existir en la antigüedad porque no había instrumentos modernos. Pues igual, el gótico no podía existir hasta que no se perfeccionara la técnica de las bóvedas. Desde los tiempos de las basílicas y el gregoriano hubo muchos adelantos tanto en arquitectura como en música, y las dos han salido ganando.

Charles: Es curioso. Suelo decir algo que casa bastante con lo que usted acaba de decir. Cuando la gente que no sabe de música dice que Haendel o Beethoven son sencillos, yo pregunto ¿es sencilla la arquitectura gótica? Una catedral expresa una idea y, sin embargo, está muy elaborada y es variadísima en sus distintas partes. Pues lo mismo es una sinfonía o un cuarteto de Beethoven.

Campbell: Eso es, Bateman. Tienes que aceptar la arquitectura pagana si quieres gregoriano, judío o pagano; y tienes que aceptar la música polifónica si quieres ventanas de tracería.

Bateman: ¿Y tú qué prefieres, gótico con Haendel o basílicas con gregoriano?

Campbell: Cada cosa en su sitio. Yo prefiero mucho más la arquitectura gótica a la clásica. A mí me parece el único hijo verdadero y legítimo del cristianismo; pero no por eso voy a descartar el estilo clásico, que ha sido santificado por dieciocho siglos, que ha sido querido por muchas naciones cristianas y sancionado por todo un ejército de santos. Estoy por la tolerancia. Dar prioridad al gótico pero respetando el estilo clásico.

La conversación languidecía.

Charles: A mí me gusta mucho la música moderna y, sin embargo, no estoy del todo de acuerdo con esa opinión suya. Me encanta Mozart, no puedo evitarlo, pero su música no es nada religiosa...

Campbell: Bueno, yo no estaba defendiendo ningún compositor en concreto. La música polifónica puede estar bien y ser inaceptables un

Beethoven o un Mozart. Pues igual; no crea que porque tolero la arquitectura romana, me van a gustar esos cupidos desnudos haciendo de querubines ni esas mujeres repanchigadas y con greñas haciendo de virtudes cardinales. Además, lo decía usted antes, hay que ver cuál es el espíritu de nuestro pueblo y su modo de expresar su sentimiento religioso.

Bateman: Bueno, creo que la perfección de la música sagrada consiste en el gregoriano unido a la armonía. Así se juntan los maravillosos himnos antiguos y un poco de la riqueza musical moderna.

Campbell: Eso sería lo peor posible, un boudoir, cosas buenas por separado, pero horribles si se juntan: Sería como mezclar un primero y un segundo plato en la mesa. Como la fachada de la catedral de Milán, medio gótica y medio clásica.

Charles: Eso siempre se ha hecho, creo yo.

Campbell: Bueno...es verdad, sería absurdo ir contra los tiempos. Pero en abstracto, en el nivel de los principios, existe lo correcto y lo incorrecto. La verdad, también a mí me gustan las mezclas; lo que me pasa es que no soy capaz de justificarlas.

El anfitrión tocó la campanilla para pedir el té.²⁷

O este otro pasaje en el que el converso Willis le cuenta a Bateman sus impresiones sobre la liturgia de la Misa católica:

“La Misa no es un formulario de palabras y nada más, es una gran acción, la acción más grande que puede darse en la tierra. No es sólo la invocación sino, usaría la palabra, la evocación del Eterno que se hace presente en el altar en cuerpo y sangre, ante quien se inclinan los ángeles y tiemblan los demonios. Este es ese tremendo acontecimiento que es el ámbito y la interpretación de cada parte de la solemnidad. Las palabras son necesarias pero como medios, no como fines; no sólo se dirigen al trono de la gracia, son instrumentos de lo que es más elevado, de la consagración, del sacrificio. Se apuran como si estuvieran impacientes por cumplir su misión. Se dicen rápidamente, todo es rápido, pues son todas partes de una sola acción integral....Así es que estamos todos alrededor, cada uno en su lugar, a la mira del gran Adviento, “esperando el movimiento del agua”. Cada uno en su lugar, con su propio corazón, con sus propios deseos, con sus propios pensamientos, sus propias intenciones, sus propias oraciones, separados pero concordantes, mirando lo que sucede, observando su desarrollo, uniéndose en su consumación, no siguiendo dolorosa y desesperadamen-

te una dura forma de oración de principio a fin, sino como un concierto de instrumentos musicales, cada uno diferente pero concurrendo en una dulce armonía, en la que tomamos parte con el sacerdote de Dios, apoyándolo, pero guiados por él”.²⁸

Después de la ordenación sacerdotal en Roma, fundó en Birmingham el primer Oratorio inglés en 1848. Entramos en su vida católica, y nos encontramos nuevamente con la poesía y la música. En los papeles recientemente publicados, entre las instrucciones que Newman escribe como superior para los miembros del Oratorio se encuentran estas:

“Aquí puede ser digno de mencionarse que la música es un estudio necesario en el Oratorio, y que su efecto suavizador es notorio; más aún, en ciertas personas opera como se dice en la Escritura que lo hizo con Saúl y Eliseo, como un tipo de medicina con una virtud medicinal en aquellos que están sujetos a su influencia dulce”.²⁹

En otra parte dice:

“Acerca del cultivo de dos estudios que son peculiarmente compatibles con el espíritu de San Felipe y la historia del Oratorio, las escuelas de pintura y música, hemos obtenido últimamente la aprobación directa de la Santa Sede. Si tenemos éxito en esto, estaremos haciendo un beneficio al catolicismo inglés en general, mientras adelantamos el oratorio de los niños en nuestro propio lugar. Estas artes son naturalmente agradables a las mentes jóvenes, y a Birmingham especialmente. La música es una de las características especiales del Oratorio y es el arte por el cual Birmingham es famosa”.³⁰

Esto ocurría por 1856.

La música tenía lógicamente una función de culto y se enseñaba a los fieles y a los niños de la escuela adyacente. Ayudado por Joseph Gordon, miembro del oratorio también converso, Newman compuso un Himnario. Se conservan los bosquejos detallados, fragmentos temáticos, melodías, y algunas con una elemental armonización. Respecto a la música de uso general, Newman no era ascético. Con su experiencia de enseñar música a los niños de Littlemore creía fuertemente que se debía cultivar un idioma popular. En su música original para el uso de los fieles muestra facetas de personalidad inesperadas.³¹ Parece que algunos de los himnos muestran ser adaptaciones de fuentes clásicas y recuerdan el interés de Newman por la música de cámara. Por supuesto algunas letras eran propias.

Con motivo de la fundación de la Universidad Católica de Irlanda, que Newman llevó a cabo a pedido del episcopado irlandés en 1853, dice en uno de los famosos Discursos que integran la *Idea de una Universidad*, sobre diversos conocimientos que están en relación con la teología:

“Por lo que a los amigos respecta, puedo referirme al cultivo de las Bellas Artes, la Pintura, la Escultura, y la Arquitectura, a las que añado la Música. Estos altos servidores de lo Bello y lo Noble son obviamente auxiliares especiales y ministros de la Religión. Pero es igualmente obvio que tienden a olvidar su puesto, y salvo que sean contenidos con mano firme, dejarán de ser servidores, para convertirse en amos.....La pintura es un arte peculiar, pero la música y la arquitectura son más sublimes en sus respectivos arquetipos. Aunque no sobrenaturales, son al menos más abstractas y menos terrenas. Y sin embargo todo lo que he afirmado sobre la pintura es aplicable de modo análogo al espléndido desarrollo que la ciencia musical ha experimentado en el pasado siglo. No cabe duda de que, también aquí, el más elevado genio puede servir a la religión. También aquí, más aún que en el caso de la pintura, la ciencia musical posee un campo propio, perfectamente inocente, en el que la religión no entra ni necesita entrar. A pesar de todo, en el caso de la música, como en el de la pintura, la religión ha de estar despierta y en cierta actitud defensiva, porque si sus servidores se duermen pueden verse presa de un poderoso encantamiento”.

Y sigue diciendo más directamente referido a la música sacra, con una admirable descripción del compositor nato, típica de su estilo y observación:

“La música, aunque no sea éste el lugar apropiado para extenderse en el tema, tiene su objeto propio. Como la ciencia matemática, es la expresión de las más grandes y profundas ideas de las que se encuentran en el mundo visible, ideas que se centran en Aquél a quien la religión católica manifiesta, y que es la Sede de toda la belleza, orden y perfección, pero ideas, después de todo, que no son las realidades en las que directa y principalmente fija nuestras miradas la Revelación. Si un gran maestro de esta ciencia misteriosa (si se me permite hablar de asuntos que se hallan fuera de mi terreno) se entrega a su propio talento, se confía en su inspiración, y es absorbido por pensamientos que si bien le vienen por la vía de la naturaleza, pertenecen a cosas que están por encima de

*ésta, resulta obvio que descuidará todo lo demás. Crecido en su fuerza, romperá por entre los obstáculos de las palabras, dispersará al viento las voces humanas, incluso las más dulces, y no será llevado a nada que no sea la más plena profusión de sonidos que el arte le haya permitido extraer de los instrumentos musicales. Avanzará como un gigante todo lo que sus instrumentos puedan alcanzar, arrancándoles de sus secretas profundidades nuevos elementos de belleza y grandeza, y vertiéndolos en combinaciones melódicas todavía más maravillosas y fascinantes. Todo va bien y es correcto mientras se limita al campo que le pertenece, pero si resulta atraído, como muy bien puede ocurrir, por la sublimidad, tan afín a él, de la doctrina y rito católicos, si aplica su ingenio a temas sacros, si se decide con los medios de su arte, a honrar la Misa o el Oficio divino (no puede apuntar a un objeto más piadoso y mejor, y la religión aceptará gentilmente lo que él gentilmente ofrece), es entonces casi seguro que se verá llevado a usar de la religión más bien que a servirla, a menos que la religión, fuerte en su terreno, le recuerde que si desea honrar al más alto de los temas debe primero hacerse su discípulo, seguir humildemente las ideas que se le dan, y buscar no la gloria de su propio talento sino la del Gran Dador de todos los bienes”.*³²

Un ejemplo epistolar nos pone en contacto con Newman en su pensamiento más personal y allí también nos encontramos con palabras como estas:

*“Creo que no hay nada más interesante, y es extraño pensar qué evanescentes, cuán aparentemente estériles y sin resultado son los diez mil pequeños detalles y complicaciones de la vida diaria y de la historia familiar. ¿Existe algún registro de ellos preservado en algún lugar, algo más que la caída de las hojas en otoño? ¿O son ellos mismos algún reflejo como en un espejo terrenal de verdades superiores más grandes? Así pienso de los sonidos musicales y sus combinaciones: son momentáneos, pero ¿no hay un abrir y cerrar momentáneo del Velo que pende entre los mundos del espíritu y del sentido?”.*³³

Cuando fue en 1862 a Londres para la consagración de Manning como Arzobispo de Wesminster, sucesor de Wiseman, paró en casa de Rogers, anglicano en cuya casa había conocido a Church, otro amigo anglicano, y ambos le regalaron en esa oportunidad un violín. Nunca había tenido un violín tan bueno. Escribió entonces:



El violín de Newman

*“Realmente pienso que acrecerá mi fuerza de trabajo y alargará mi vida. Nunca escribí más que cuando toqué el violín. Siempre dormí mejor después de la música. Debe haber alguna corriente eléctrica desde las cuerdas a través de los dedos hasta el cerebro y bajando por la médula espinal. Quizá el pensamiento es música.”*³⁴

Una visita en 1867 de su hermana Jemima a Birmingham la recuerda en una carta que le envía a ella diciéndole:

*“Casi olvidé que tengo la partitura de piano de las tres sonatas [de Beethoven] dedicadas al Emperador de Rusia, y lamento no haberte pedido que las llevaras. Las compré, creo, a Mr. Sharp en Oxford, y nunca han sido usadas por nadie, y no es bueno hacerlo. Por lo tanto te las envió. He descubierto que Mrs. Wooten y Mr. Neville estaban escuchando nuestra interpretación, y me dijeron que nunca escucharon nada como tu manera de tocar el piano. Una señora profesional había estado haciéndolo conmigo hace unas semanas, y ellos piensan que ella tocó bien, pero que tu interpretación fue otra cosa. Esa sonata en la menor tuvo, y ha tenido desde entonces, un efecto en mí que no puedo describir. A menudo Beethoven me transporta, pero no puedo expresar o analizar el efecto extraño que su primer movimiento tuvo en mí. Difícilmente pude seguir tocando.”*³⁵

Un año después de su famosa *Apología*, Newman escribió otra de sus obras maestras: el poema

*El sueño de un anciano.*³⁶ Lo escribió en una noche, el 17 de enero de 1865. Se trata de la agonía, muerte y juicio particular de un alma, que en realidad es la suya. Newman efectivamente creía en la proximidad de su muerte. El largo poema dialogado es un verdadero tratado de las postrimerías. Sus sermones acerca del alma individual e inmortal y su presencia desde ahora delante de Dios ya habían dado el fundamento teológico. Desde la primera conversión a sus quince años Newman tuvo la certeza de la existencia de dos seres: Dios y él. Sus meditaciones sobre la muerte fueron también tema de sermones como aquél de año nuevo de 1832:

*“Considerad, pues, qué es morir... sigamos el curso de un alma que abandona así el mundo y es abandonada por él... Está aún en la habitación que últimamente le cobijó; nada se hace allí, pues él se ha ido, pertenece ahora a otros; pertenece ahora al Señor que le trajo; regresa a El; pero si va a ser alojado seguramente en Su lugar de esperanza o aprisionado para el gran Día, eso es otro asunto que depende de las obras hechas en el cuerpo, buenas o malas....”*³⁷ En el poema aparecen salmos e himnos, ángeles cantando y demonios gritando, descripciones de coros y músicas celestes, y toda la mística que brota de un alma poética y que inspiraría a músicos. Se publicó en Francia en 1869 y en Alemania en 1885. Cuando Newman murió aparecía la edición n° 27 en Inglaterra.

Se ha dicho que Dvorák habría visitado el Oratorio cuando estuvo en Birmingham en 1885, y que fue invitado a componer la música para el poema, pero de hecho no ocurrió. Compuso en 1891 el Réquiem, que alguno cree inspirado en el poema de Newman. Pero sería el gran músico inglés Edward Elgar quien compondría el famoso oratorio *The Dream of Gerontius* en 1900, una obra que lo llevó a la cumbre de su arte, y que es ejecutada hasta hoy con gran interés, en Inglaterra casi todos los años. El libro de Percy Young ya citado traza precisamente toda la historia anterior y analiza la obra magistral de ambos genios. La parte que se ha hecho más famosa es la musicalización del coro de ángeles *'Praise to the Holiest'*, cuyos versos dicen:

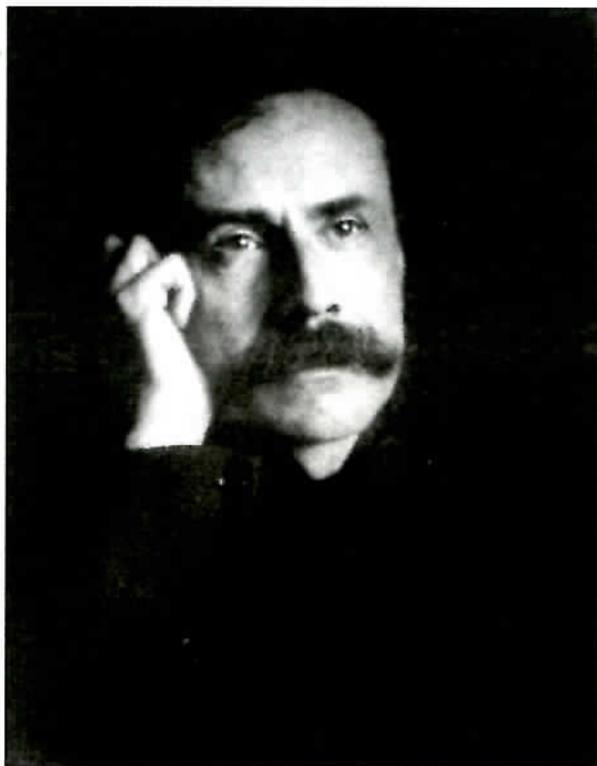
*Gloria a Dios, admirable en las altura,
admirable en los senos más profundos,
gloria por siempre a El, senda segura,
luz y vida del mundo.*

*Nosotros, la prosapia primitiva,
fuimos creados en naturaleza
preclara, intelectual, contemplativa,
inmunes al dolor y la impureza.*

*En cambio el hombre, el último creado,
como lazo del cielo con la tierra,
de espíritu y de barro fue forjado
y ataviado con ínfulas de guerra.*

*Para luchar por el ordenamiento
del mundo, en la palestra de la historia,
en la frontera de los elementos,
centinela y Virrey del Rey de Gloria.* ³⁸

Volviendo al Oratorio de Birmingham, y a la escuela de música que estableció allí para los alumnos de la escuela fundada en 1859, nombró sucesivamente maestros de música: el primero fue el padre Bowles, un cellista que había tomado parte en ocasionales conciertos de música de cámara en Oscott. Newman mismo siguió a Bowles y luego vino su gran amigo de la época católica Ambrose St John. Se organizó un coro, a veces de niños, a veces de hombres, y finalmente de voces mixtas, y en 1877 se instaló un órgano. Allí ejecutó Richard Bellasis, luego Hardy y Sewell, que permaneció más de veinte años, y era también



Sir Edward Elgar (1857-1934), fotografía del Dr. Grindrod.

compositor. Bellasis tenía un hermano oratoriano y eran hijos de Edward, amigo de Newman desde joven y que también se había convertido. Como había hecho en Littlemore, Newman tenía un interés personal en las actividades musicales de los alumnos. De tanto en tanto tocaba el violín en la escuela y a menudo estaba presente en prácticas de música de cámara.

Birmingham era una ciudad musical. Sus Festivales trienales eran desde hacía tiempo tradicionales, y lo son aún hoy. Newman iba a conciertos y entendía de tecnicismo acerca de la estructura musical de una obra y su ejecución. En 1867 escuchó el oratorio *Elías* de Mendelsohn en el Festival. Así lo recuerda en una carta con motivo de otro concierto al que concurre cuatro años después: *"Cualquier principiante trata con séptimas disminuidas. Al menos lo hice cuando era un muchacho. Aprendí por primera vez el acorde de la Obertura de la Flauta Mágica, y de ahí en adelante figuró con efecto poderoso en mis composiciones. Debes tratar de hacer una melodía. Sin eso*

no puedes componer. Quizás sea lo que hace a un genio musical. Me decepcionó muchísimo una vez que escuché el *Elías*, no encontrar una bella melodía del principio al fin. ¿Qué puede ser más bello y natural que las melodías de Haendel, Mozart y Beethoven?”.³⁹

Respecto del famoso acorde de séptima encontramos una asombrosa analogía con un tema teológico, con la que contesta una carta de Robert Ch. Jenkins, fellow de Oriel y luego canónigo de Durham, donde el anglicano le habla de su “teoría musical de la teología” preguntándole ¿qué sería la música sin la “disonancia fundamental” o sin ese delicioso acorde de transición que es la “séptima disminuida” que causa alegría en más resoluciones a la tónica que cualquier otro. “El mal de la teología romana –le dice– es la resuelta determinación de destruir todo pasaje disonante con falsas consonancias, y aún forzar cada nota en el unísono con la gran tónica del Papa...”. Newman le contesta:

“El Papa es la nota tónica, los obispos la tercera, los sacerdotes la quinta, el pueblo la octava y los protestantes la séptima disminuida que necesita resolución”.⁴⁰

Sencillamente genial.

En 1876 fue al Festival y escuchó en la mañana del último día *El juicio final* de Spohr, *La fiesta de amor de los Apóstoles* de Wagner, y la *Misa en do* de Beethoven, y por la tarde el oratorio *San Pablo* de Mendelssohn. Lo vemos también en el Festival de 1879 donde escuchó por la mañana el *Moisés en Egipto* de Rossini, el *Réquiem* de Cherubini y la *Salve Regina* op 47 de Schubert, y por la tarde *Israel en Egipto* de Haendel. Parece que Newman apreciaba sobre todo el *Requiem* de Cherubini. En música instrumental era afecto a los clásicos, sobre todo Mozart y Beethoven.

En 1879 Newman fue creado Cardenal por el Papa León XIII. Al volver de Roma asistió a los festivales de ese año con entradas que le envió William Stockley, maestro de coro de los festivales desde 1858 y director habitual de conciertos en el Town Hall, a quien contesta diciendo:

“Hemos sido gratificados con las composiciones magníficas de los grandes maestros que fueron seleccionados para los conciertos de esos dos días”.⁴¹

Las obras fueron *Moisés en Egipto* de Rossini y *El Mesías* de Haendel. Stockley sería en el 1900

el conductor del estreno del *Dream of Gerontious* de Elgar.

En el Festival de 1885 apareció en Birmingham un gran compositor francés: Charles Gounod, una persona profundamente religiosa, que había sido seminarista, quien decía ser discípulo de Palestrina, y que se dedicó al final de su vida a la música sacra. La obra fue su gran oratorio *La redención*, una trilogía compuesta de una primera parte concerniente a la pasión y muerte de Cristo, la segunda a la resurrección y ascensión y la tercera a pentecostés y la difusión del cristianismo. Newman estuvo presente entre el auditorio. En la orquesta intervino el mismo Elgar como violinista.

En los festivales de Heresford, Worcester y Gloucester se estrenó el formidable *Stabat Mater* de Dvorak y en Birmingham el oratorio *Mors et Vita* de Gounod, cantado en latín.

Algunas cosas más encontramos entre sus cartas. Una de 1887 a Lord Blachford, donde le dice:

“Siempre asocio a su querida hermana Marian con la música de Beethoven en la que ella me permitió acompañarla hace tanto tiempo”.⁴²

Y otra, más significativa, al Duque de Norfolk, adjuntando la invitación para que fuera Presidente del Birmingham Triennial Musical Festival de 1888:

“Os escribo por el servicio que estaré haciendo indirectamente al Oratorio de Birmingham, por un paso que...continuará y hará crecer la buena voluntad que ya siente hacia nosotros el mundo musical local, que tiene un poder tan especial en Birmingham, y con el cual nuestros dos Padres Bellasis están en excelente relación. Hay otra consideración que se me ocurre. Es esta. Aunque la política y la religión están prohibidas y son imposibles en un evento musical, es imposible también que la vista de Vuestra Excelencia pueda fracasar en inspirar pensamientos amistosos, tanto hacia Vos mismo como hacia los católicos, una consideración para no dejar pasar por alto en un lugar y un momento en el que, en última instancia, ha habido tanto cambio de opinión. De todos modos dejo todo el asunto a vuestro mejor juicio...”.⁴³

El Duque aceptó. El 28, 30 y 31 de agosto, Newman, fue nombrado vicepresidente del festival, y estuvo presente en los conciertos de la mañana, junto al Duque de Norfolk. El 28 se ejecutó el Oratorio *Elías* de Mendelssohn, el 30 el Oratorio *El Mesías* de Haendel, y el 31 el *Magnificat* de

Bach, la *Quinta Sinfonía* de Beethoven y la *Messe des Mortes* de Berlioz.

Por esos años el repertorio del coro del Oratorio llegó a ser muy considerable y sus interpretaciones muy apreciadas. Por ejemplo, dio un concierto con orquesta en el Exchange Room en 1890 que incluyó partes de misas y motetes de Beethoven, Cherubini, Hummel, un *Ave María* de William Sewell, el organista del Oratorio, que también cantaba. El conductor fue Richard Bellasis, miembro del Oratorio. También eran importante la música de los domingos por la tarde en la iglesia del Oratorio. En 1893 se ejecutó allí la Misa en do de Dvorak, la primera vez que se oía en una iglesia conforme a su propósito litúrgico.

En 1892, al año siguiente a la muerte de Newman, Edward Bellasis, padre del Oratorio,

publicó en el diario *The Month* un artículo "El Cardenal Newman como músico".⁴⁴

Todo este desarrollo tuvo sus comienzos en aquellos años infantiles y juveniles de Ealing. El violín de Newman se conserva en el Oratorio de Birmingham. Allí mismo siempre había música...y la tuvo cerca de su oído hasta que, como él mismo había intuido, pudo escucharla y ver aún el mundo que representaba sacramentalmente, cuando despertó entre los coros angélicos de la liturgia eterna del cielo. El goza ya de esas armonías celestiales que vislumbró desde la fe y esperó escuchar cada vez que oía los sonidos de la música terrenal. El principio sacramental que rige en este mundo visible, dio paso al descorrimiento total del velo, a la visión y audición beatífica de la eternidad. La séptima disminuida de este mundo fue resuelta en el gran acorde tonal de la consumación final, de la plenitud celestial de los bienaventurados. ✎

NOTAS

- 1 LD, I, p.19.
- 2 LD, I, p.75
- 3 LD, I, p.97
- 4 LD, I, p.100
- 5 LD, I, p.101
- 6 *Autobiographical Writings*, pp 61-62.
- 7 LD, I, p.173.
- 8 LD, I, p.261-2.
- 9 LD, I, p.274.
- 10 Moz, I, p.95
- 11 LD, III, p.99
- 12 *Verses on Vaarious Occasions* I. (Oxford, 1818)
- 13 *Poetry, with reference to Aristotle's Poetics*, en *Essays Critical and Historical*, p.4
- 14 *Apologia por vita sua*, p.18.
- 15 *Parochial and Plain Sermons* II, 30.
- 16 *ibíd*, V, 3.
- 17 *Apologia*, p.24.
- 18 LD III, p.255.
- 19 LD III, p.279.
- 20 *Historical Sketches*, I, pp. 357-360.
- 21 LD VII, p.285.
- 22 *Parochial and Plain Sermons*, 8 tomos (1825-1843)
- 23 *ibíd*, VI, 7.
- 24 *Sermons Preached on Subjects of the Day*, 7, p.87.
- 25 *Fifteen University Sermons* (1826-1843)
- 26 *ibíd*, XV, p.400.
- 27 *Loss anda Gáin*, traducción castellana, ed. Encuentro, pp.245-250.
- 28 *ibíd*, pp. 278-279.
- 29 *Newman the Oratorian*, edición crítica e introducciones por Placid Murray, OSB, 1980, p.214.
- 30 *ibíd*, p.309.
- 31 Percy Young, *Elgar, Newman and The Dream of Gerontious*, Scholar Press, 1995, p.91-92.
- 32 *Idea of a University*, IV, pp.78-81.
- 33 LD XIX, p.415 (1860)
- 34 LD XXII, p.9.
- 35 LD XXIII, p.255.
- 36 *The Dream of Gerontius*. (incluido en las *Meditations anda Devotions*)
- 37 *Parochial and Plain Sermons*, VII, 1.
- 38 *El sueño de un anciano*, traducción de C.Sáenz, Ed. Club de Lectores, Bs.As 1965, pp.53-54.
- 39 LD XXV, p.295 (1871)
- 40 LD XXVIII, p.189 (1877)
- 41 LD XXIX, p.174 (1879)
- 42 LD XXXI, p.201.
- 43 LD XXXI, p.181.
- 44 Bellasis E., *Cardinal Newman as a Musician*, septiembre de 1892.

Parochial and Plain Sermons VI, 21 (pp.294-312)

Predicado en St. Mary the Virgin, Universidad de Oxford, el 23 de setiembre de 1839

Ofrendas para el santuario

INTRODUCCION

El sermón que ofrecemos al lector está enmarcado en una época de la predicación de Newman particularmente signada por el principio sacramental, ese verdadero núcleo de su pensamiento religioso: las realidades visibles son expresión de las invisibles. Desde la sacramentalidad del mismo mundo exterior, pasando por los hechos históricos humanos, la Encarnación del Verbo eterno, la Iglesia, y finalmente los sacramentos propiamente dichos, llegamos a la significación de lo que es la arquitectura de una iglesia, el culto, la liturgia. En esta publicación incluimos precisamente otras realidades sacramentales que nos remiten al mundo de Dios: la música y la poesía. Así, de algún modo, podemos vislumbrar la visión verdaderamente universal que tenía Newman, su captación de toda la realidad, su penetración visual más allá de lo sensible, en orden a ver y sentir la Presencia invisible. No es que en otros momentos de su vida esto sea más débil, ya que encontramos el principio sacramental a lo largo de toda su obra, y aun expresado de modo académico, por ejemplo en su contestación a la visión del cristianismo de Milman, *Essays Critical and Historical* (1841), y en su *Essay on the Development of Christian Doctrine* (1845). Pero estas afirmaciones estuvieron precedidas, entre los años 1834 y 1840, por una serie de sermones admirables, que habían expresado ya esta visión tan típicamente suya. Nos encontramos con sermones como *La Encarnación*, *La gloria de la Iglesia cristiana*, *Los misterios de la religión*, *El reino de los santos*, *La providencia particular revelada en el Evangelio*, *El don del Espíritu*, *El ministerio cristiano*, *La iglesia visible e invisible*, *El culto diario*, *La iglesia visible: estímulo para la fe*, *La comunión de los santos*, *El mundo invisible* (punto culminante), *Cristo escondido del*

mundo, *La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia*, *El culto: preparación para la venida de Cristo*, *Reverencia: creer en la presencia de Dios*, *Esperando a Cristo*, *Los palacios del Evangelio*, *El templo visible*, etc., con el gran antecedente del sermón de 1831 *Los poderes de la naturaleza*. Aquí se halla más patente que en ningún otro tema la influencia patristica, así como la tradición de la teología anglicana del obispo Butler y la poesía religiosa de Keble.

Semejante visión fue fundamental en el Movimiento de Oxford al empeñarse en la restauración de la iglesia anglicana, sobre todo en el sentido de los sacramentos y, por ende, de la liturgia, lugar privilegiado del encuentro entre el mundo visible y el invisible. Por otro lado el sermón siguiente es una cátedra de educación, escrito por alguien que era educador en una universidad, que vivía entre jóvenes, y que aun después de su conversión siguió llevando a niños, jóvenes y adultos a ese nivel de excelencia cristiana, tanto interior como exterior. No es poca la aplicación que puede tener hoy una prédica semejante, cuando vivimos tanto en el medio secular como en el mismo ámbito religioso una decadencia visible, en modos, palabras, vestimenta, y una verdadera mezquindad unida a un mal gusto chabacano en arquitectura, música y expresiones diversas de lo sagrado, que alejan cada vez más a la gente precisamente del misterio invisible que se pretende expresar. No hay, creemos, urgencia mayor que la de emprender una renovación litúrgica, lo cual ha sido siempre en la historia de la Iglesia (también en la mira de aquellos anglicanos del Movimiento de Oxford) vía de educar al ser humano, inclusive en aquellos otros aspectos más profanos que hacen a su ser cultural.

Texto del sermón

La gloria del Líbano vendrá a ti, el ciprés, el olmo y el boj a una, a embellecer mi Lugar Santo y honrar el lugar donde mi pies reposan
(Isaías 60, 13)

Cada atento lector de la Escritura debe darse cuenta del acento que se pone en el deber de dar suntuosidad y magnificencia al culto público de Dios. Hasta en los primeros rudimentos de la Iglesia, Jacob, un paria errante, después de la visión de la escalera de los ángeles, aunque no era suficiente para inclinarse ante la Presencia invisible, compartió, o, como diría el mundo, gastó, una porción de las provisiones que tenía para el viaje, en un acto de culto. Como David, no “ofreció aquello que no le costaba nada”, sino que, de modo semejante a aquella mujer religiosa al comienzo de un Testamento más lleno de gracias, y aunque no tenía “un frasco de alabastro con perfume de nardo puro muy costoso” (Jn 12,3), “hizo lo que pudo”, realizando un sacrificio menor que el de ella en su costo, pero mayor por su propia condición indigente, pues “tomando la piedra que se había puesto de almohada, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella” (Gen 28,18).

Lo que Jacob hizo como peregrino solitario, David como rey rico y María como mujer en privado, se nos muestra tanto en la historia sagrada como en la profecía, pleno bajo la Ley, presagio del Evangelio. El libro del Exodo muestra cuán pródigo fue el gasto para el tabernáculo aun en medio del desierto. El libro de los Reyes y de las Crónicas establecen para nosotros la devoción del corazón, el celo diligente, el descuido por el gasto y el trabajo con el que fue levantado el primer Templo sobre el Monte Sión al comienzo de la monarquía de Israel. “Con todas mis fuerzas —dice David— he preparado, con destino a la Casa de mi Dios, el oro...y la plata...y el bronce...y el hierro...y la madera...; piedras de ónix y de engaste, piedras brillantes y de varios colores, toda suerte de piedras preciosas y piedras de alabastro en abundancia. Fuera de esto, en *mi amor* por la Casa de Dios, doy a la Casa de mi Dios el oro y la

plata *que poseo*, además de todo lo que tengo preparado para la Casas del santuario”. Y David “tuvo un gran gozo” y “bendijo al Señor”, pues el pueblo también “se alegró por estas ofrendas voluntarias, porque de todo corazón lo habían ofrecido espontáneamente al Señor” (I Cró 29, 2-3; 9-10). Y Salomón, cuando llegó a usar de estas ofrendas costosas, envió por “un hombre diestro en trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro, la púrpura escarlata, el carmesí y la púrpura violeta, y que sepa grabar, para que esté con los expertos que tengo conmigo en Judá y en Jerusalén” (II Cró 2, 6). Si tal fue el esplendor exterior del santuario judío, las glorias del cristiano no deben ser menos externas y visibles, aunque sean más espirituales también.

Las palabras del profeta en el texto que comentamos no son sino un ejemplo entre muchos de la promesa de magnificencia temporal, hecha a aquel Testamento que iba a ser eterno. “La gloria del Líbano”, dice Isaías dirigiéndose a la Iglesia del Evangelio, “vendrá a ti, el ciprés, el olmo y el boj a una, a embellecer mi Lugar Santo y honrar el lugar donde mi pies reposan”. Y más adelante dice: “En vez de bronce traeré oro, en vez de hierro traeré plata, en vez de madera, bronce, y en vez de piedras, hierro...Llamarás a tus murallas ‘Salvación’ y a tus puertas ‘Alabanza’” (Is 60, 17-18). Y también dice: “Pobrecilla, azotada por los vientos, no consolada, mira que yo asiento en carbunclos tus piedras y voy a cimentarte con zafiros. Haré de rubí tus baluartes, tus puertas de piedras de cuarzo y todo tu término de piedras preciosas” (Is 54, 11-12).

Ahora bien, si se dice que algunas de estas expresiones son figurativas, puede ser verdad, pero aun así el mismo hecho de que tales figuras sean usadas en la profecía, parecería mostrar que los materiales indicados literalmente son aptos para ser usados en su cumplimiento, a menos que tal

uso esté verdaderamente prohibido. No dejan de ser figuras por ser verdaderamente presentes tanto como dichas. El oro real es tan figura en la Iglesia cuanto tal es la mención que se hace de él en la Escritura, y es seguramente en sí mismo obediente y agradable subrayar la importancia de las palabras de la verdad inspirada. Más aún, la mera circunstancia de que los cristianos, cuando llegó el Evangelio, hayan procedido así, consagrando las cosas preciosas de este mundo para los usos religiosos, parece como el cumplimiento de la profecía y tiene la naturaleza de un mandamiento de autoridad.

Sin embargo, puede objetarse que cada atento lector de la Escritura está familiarizado con la circunstancia de que tal esplendor exterior en el culto de Dios es referido en términos de censura o lujo por nuestro Señor y Salvador. Por eso dice, al enumerar las ofensas de los fariseos: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis *por fuera* la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña e intemperancia!”, y también: “¡Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia!” (Mt 23, 25-27). Y cuando sus discípulos le mostraron a nuestro Señor el gran tamaño de las piedras de que estaba construido el Templo (un Templo, debe notarse, ornamentado así por el impío Herodes), El contestó abruptamente: “No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derruida” (Mt 24, 2). Estos pasajes deben ser tenidos en cuenta, pero ¿qué significan? ¿Dijo nuestro Señor que la magnificencia en el culto de Dios, la magnificencia en Su casa, en su mobiliario y en sus decoraciones, está mal, mal desde que El ha venido al mundo? ¿Desalienta que se construyan hermosas iglesias o que se embellezca el ceremonial de la religión? ¿Nos exhorta a la tacañería? ¿Hizo un desaire al arte de la arquitectura? ¿Quiso decir que le agradaríamos más cuanto menos atención y preocupación diéramos a lo externo del culto? ¿Al rechazar la ofrenda de Herodes, prohibió la devoción de los cristianos?

Esto es lo que muchas personas piensan. No exagero

cuando digo que piensan que cuanto más hogareño y familiar es su culto más espiritual llega a ser. Y arguyen que anhelar la belleza externa en el servicio del Santuario es ser como los fariseos, bellos por fuera y vacíos por dentro, que así como los fariseos pretendían una santidad y religiosidad externa que no tenían dentro, así cada uno que tiene hacia una religión externa sacrifica lo interior. Esta es una consideración digna de ser meditada, no ciertamente por su propio peso sino porque pesa para muchas personas. La objeción es esta: como las vacuos fariseos eran santos externamente, así cualquiera que muestre una santidad exterior es o está en peligro de llegar a ser un fariseo.

Ahora bien, para tomar un ejemplo paralelo, muchos de nosotros quizás han escuchado el proverbio, “la limpieza está junto a la divinidad”, que significa que el hábito del que se habla es una excelencia moral y que aquellos que son deficientes en esto son comúnmente deficientes también en otras y más religiosas excelencias. ¿Quién entre nosotros no admitirá que nada es más desagradable, más aún, bajo ciertas circunstancias

nada hace brotar pensamientos más serios y ansiosos, que la ausencia de pulcritud y buen orden en la apariencia y el vestido? Podemos a menudo decir inmediatamente cómo se conducen las personas jóvenes al primer vistazo. Oh sí, leemos lo que es doloroso en su historia, vemos un cambio en sus estado religioso por su aspecto y la negligencia de su modo de andar. O entrando en una escuela de pueblo, ¿no estamos gustosos inmediatamente con el rostro del niño bien cuidado y limpio, y disgustados cuando no es así? Pero suponed ahora que alguien viene a nosotros y dice: “Todo esto es externo, lo que Dios quiere es un corazón limpio, no una cuidada apariencia”. ¿Sería esta una objeción pertinente? Debemos responder por cierto, que lo que pide nuestro deber es la limpieza de corazón y la decencia en el vestir también, que un punto de vista no interfiere con el otro, sino que, al contrario, es apropiado a esa excelencia y santidad interior *mostrarse* a sí mismas de este mismo modo, con una apariencia



apropiada, y que si existen personas que son exigentes en sus vidas pero, a pesar de ello, son negligentes en sus personas, esto no debe ser así y deseamos que sea de otro modo.

Pero supongamos que el objetor continúa diciendo que aquellos que son cuidadosos y respetables en sus personas y en sus casas tienen con frecuencia muy mal genio, haciendo siempre del cuidado *el punto*, lo que se llama "particular", y disputando con todo el que interfiere con sus hábitos y maneras. Deberíamos responder que de ser así es lamentable, pero que, a pesar de esto, es una cosa recta ser cuidadoso y una mala ser dejado, que la excelencia interior se muestra mejor en la excelencia exterior, y que la limpieza es el más apropiado y natural acompañante de la piedad.

Supongamos, nuevamente, que el objetor en cuestión diga que la propiedad en el vestido se convierte en amor por lo vistoso, que aquellos que atienden a su persona se hacen vanidosos, que es imposible ser cuidadoso y respetable sin seguir vistiendo vistosamente y tratando de atraer la atención de otros. Deberíamos contestar que todo esto no debe ser y que estaría muy mal, que la vanidad es un gran pecado, que aquellos que se fijan mucho en sus atuendos desobedecen el mandamiento de nuestro Señor de no pensar acerca de la vestimenta y se exponen a tentaciones, llevados sin saber adónde, yendo por el camino de la muerte, el camino que se hace peligroso, acerca de los asuntos más grandes como del vestido mismo. Esto deberíamos decir. Pero deberíamos agregar que tales consideraciones no prueban que el cuidado y la decencia no sean dignos de elogio, sino que el amor a lo vistoso es peligroso y la vanidad un pecado.

Pero supongamos que el objetor sostenga lo que dice con la Escritura, diciendo por ejemplo, que nuestro Señor censuró a las personas que se lavaban las manos antes de comer el pan, y que esto prueba que lavarse las manos antes de comer está mal. No estoy tomando ningún caso ficticio, pues tales objeciones han sido hechas realmente antes. La respuesta es ciertamente fácil: nuestro Señor objetó no el mero lavado de las manos sino dar demasiada importancia a tal observancia, pensar que eso es la religión, que aprovecharía a la religión interior y compensaría por los pecados del corazón. Esto es lo que El condenó: la demostración de gran atención a las cosas exteriores *mientras* las interiores, que son más importantes, se

descuidan. Lo dijo El mismo en su denuncia a los fariseos: "Esto debe hacerse *sin dejar de hacer* lo otro". Expresamente dice que deben hacer lo exterior, pero que deben hacer más. Hacían lo uno y no lo otro. Debían haber hecho ambas cosas.

Ahora apliquemos esto al caso de embellecer iglesias. Tal como es el cuidado y la decencia en un individuo, así es la decoración en una iglesia, y así como nos ofendería la dejadez en un individuo, así debemos estar ofendidos ante el desorden y la negligencia en nuestras iglesias. Es totalmente cierto que los hombres *son* tan perversos (como eran los fariseos) que algunas veces atienden solo a las formas exteriores y descuidan el espíritu interior, que ofrecen a Dios costosos mobiliarios y piedras hermosas mientras son crueles o fanáticos, como personas que pueden ser cuidadas en sí mismas y en sus casas pero de mal genio y peleadoras. También es cierto que pueden llevar demasiado lejos su atención a las formas externas de la religión y llegar a ser supersticiosos, como las personas que pasan del amor por el cuidado al amor por lo vistoso. Y, más aún, la Escritura habla contra la hipocresía de aquellos que son religiosos externamente mientras viven en pecado, así como habla contra aquellos que lavan sus manos mientras su corazón está manchado. Pero aún así y a pesar de todo esto, la propiedad en la apariencia y en el vestir es una virtud, que sigue a la piedad, y de igual modo, la decencia y la reverencia deben ser observadas en el culto de Dios, y siguen a la devoción, a pesar de ser verdad que no todo lo que es grave y severo es santo, no todo lo que es munífico es devoto.

Lo que la Escritura reprocha es la *inconsistencia* o lo que se llama más solemnemente *hipocresía* de ser bello por fuera y horrible por dentro, de ser religioso en apariencia, no de verdad. Es una ofensa no ser religioso y es una segunda ofensa pretender ser religioso. "¡Insensatos —dice nuestro Señor— el que hizo el exterior, ¿no hizo también el interior?" (Lc 11,40). Tal cual sea un hombre externamente, así debe ser interiormente. "¿Cómo podéis vosotros hablar cosas buenas siendo malos? Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas y el hombre malo, del tesoro malo saca cosas malas" (Mt 12, 34-35). La luz de la verdad divina, cuando está en el corazón, debe brillar exteriormente, y cuando un hombre es oscuro dentro está bien que deba mostrar exteriormente lo que es. Tal como un hombre es dentro, así debe ser su exterior.



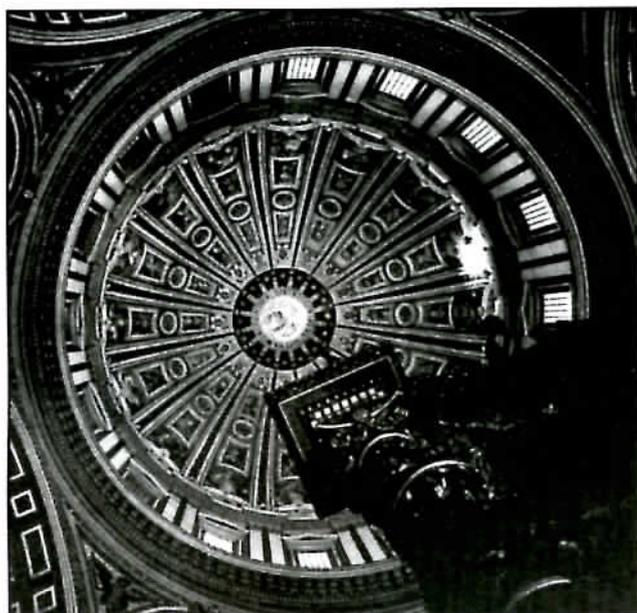
La unción de Jesús en el convite de Simón (Jn 12, 3), xilografía de Víctor Delhez, reproducida en "Los Cuatro Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo", Editorial Kraft, Buenos Aires, 1956.

"Judas, con su bolsa del Colegio Apostólico en una mano, señala con la otra a dos grupos de pobres en cuyo favor indica que se puede invertir el precio del bálsamo o unguento derramado sobre Jesús. Lo obscuridad de su rostro indica la negrura de sus intenciones. «A pesar de las críticas, el Señor que veía la mente de María, explica el Crisóstomo, permitió (la unción); mucha era su religiosidad e inefable cuidado. Por donde, condescendiendo, permitió que se derramase sobre su cabeza el unguento. Así como el Padre aceptaba el aroma y humo de la víctima (del sacrificio) así también Cristo aceptaba el obsequio de la mujer que lo ungió, cuya intención ignoraban sus quejosos discípulos»" (de la nota explicativa del presbítero J.R.Sepich)

Bien, pero ¿no véis que tal doctrina condena no sólo a aquellos que tienen que ver con una religión exterior sin la interior, sino también a aquellos que tienen que ver con la religión interior sin la exterior? Pues si es una inconsistencia pretender la religión externamente mientras se la rechaza internamente, es también inconsistente, ciertamente, ser negligente externamente mientras se pretende ser religioso internamente. Es ciertamente errado creer y no profesar la fe, errado poner nuestra luz debajo del celemín. San Pablo lo dice expresamente: "Si *confiesas con tus labios* que Jesús es el Señor y crees en su corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, serás salvado" (Rom 10, 9). Creer no es suficiente, debemos confesar la fe.

Y no solo con la boca sino con las palabras y los hechos, hablando y callando, haciendo y no haciendo, caminando y conversando, acompañado y solo, a tiempo y en el lugar, cuando trabajamos y cuando descansamos, cuando nos acostamos y cuando nos levantamos, en la juventud y en la vejez, en la vida y en la muerte, y, de igual modo, en el mundo y en la Iglesia.

Ahora bien, adornar el culto de Dios nuestro Salvador, hacer visible la belleza de la santidad, traer ofrendas al santuario, ser observador de lo arquitectónico y reverente en las ceremonias, todo esta religión externa es una suerte de profesión y confesión de fe; no es nada más que lo natural, lo consistente, en aquellos que están cultivando den-



Cúpula de San Pedro, Roma.

tro la vida religiosa. Es más impropio y más ofensivo en aquellos que no son religiosos, pero más propio y necesario en aquellos que lo son.

Las personas que ponen a un lado la gravedad y el atractivo del culto de Dios, para poder orar más espiritualmente, olvidan que Dios es el creador de *todas* las cosas, tanto las *visibles* como las *invisibles*, que es el Señor de nuestros cuerpos así como de nuestras almas, que debe ser adorado en público así como en secreto. El creador de este mundo no es otro que el Padre de nuestro Señor Jesucristo, no hay dos dioses, uno de la materia y otro del espíritu, uno de la Ley y otro del Evangelio. Hay un solo Dios y es el Señor de todo lo que somos y de todo lo que tenemos, y por eso, todo lo que hacemos debe estar impreso con Su sello y firma.

Debemos comenzar, sin duda, con el corazón, pues del corazón procede todo bien y todo mal, pero si bien comenzamos con el corazón, no debemos terminar con el corazón. No debemos renunciar a este mundo visible como si viniera del lado malo. Es nuestro deber cambiarlo en el reino de los cielos. Debemos manifestar el reino de lo cielos sobre la tierra. La luz de la verdad divina debe proceder *de* nuestros corazón y brillar *sobre* cada cosa que somos y cada cosa que hacemos. Debe hacer cautivo de Cristo al hombre *total*, alma y cuerpo. Aquellos que someten su voluntad a Cristo postran sus cuerpos, los que ofrecen su corazón hincan sus rodillas, los que tienen fe en su nombre

inclinan su cabeza, los que honran Su cruz interiormente no se avergüenzan delante de los hombres. Los que gozan *con* sus hermanos en la salvación común y desean rendir culto unidos, *construyen un lugar* para dar culto en él y lo construyen como la *expresión* de sus sentimientos, de su mutuo amor, de su común reverencia. Construyen un edificio que, por así decir, hablará, profesará y confesará a Cristo su Salvador, que dará testimonio de Su muerte y resurrección a primera vista, que recordará a todos los que entren que estamos salvados por Su cruz y debemos llevar nuestra cruz detrás suyo. Construirán algo que puede contar sus pensamientos más profundos y sagrados, que no se atreven a pronunciar con palabras, no un edificio deforme ni sórdido, sino una morada noble, un palacio interiormente glorioso, no adecuado para la majestad de Dios, por cierto, que aun los cielos de los cielos no pueden contener, pero adecuado para expresar los sentimientos de sus constructores, un monumento que puede permanecer y, como si dijéramos, predicar a todo el mundo mientras el mundo dure, que puede mostrar cuánto desean alabar, bendecir y glorificar a su eterno benefactor, cuánto desean llevar a otros a alabarle. Un templo que pueda gritar a todos los que pasan por allí: “¡Exaltad al Señor nuestro Dios, postraos ante el estrado de sus pies, porque El es santo! ¡Exaltad a nuestro Dios, postraos ante su monte santo, porque el Señor nuestro Dios es santo! (Sal 99, 5, 9).

Este es el estado real de la cuestión, y cuando nuestro Señor censuró a los fariseos como hipócritas, no fue por atender el exterior de la copa sino por no atender también el interior de la misma.

Ahora bien, en respuesta al paralelo que he delineado, puede objetarse que “si bien la decoración del servicio público de Dios es como el deber personal de propiedad en el vestir y en el porte, la decoración es errada cuando es intencional y estudiada. Aquellos que están ansiosos por cómo se ven y qué piensan otros de ellos están en camino de ser vanidosos, si no es que ya lo son. El decoro debería ser el resultado *espontáneo* de la exactitud interior, la gracia en las maneras y en el vestido debería ser la mera imagen exterior de la armonía y la pureza del alma. Así es que las personas santas se visten con simplicidad, hablan con modestia, se portan con gravedad. Su habilidad, su amabilidad,

su gentileza, su compostura y majestad, son tan poco conocidas por ellas mismas como los rasgos de su rostro. Si el paralelo corresponde, la religión exterior se hace excesiva tan pronto como se hace un objeto en sí, y esto, por supuesto, es prácticamente un argumento contra toda consagración de riqueza y de arte para el culto de Dios”.

Una simple aclaración, sin embargo, es suficiente para invalidar esta objeción, pues se debe observar que al dar mucha importancia a nuestra apariencia nos estamos contemplando a nosotros mismos, pero al dársela al ceremonial de la religión estamos contemplando a otro, al que es nuestro creador y redentor. Esta es una distinción tan obvia y decisiva, que no debería tomar en cuenta la objeción a la que respondo, si no fuera porque nos lleva a otra consideración relacionada con el asunto. Pues sucede que hoy, lejos de reconocer su fuerza, el modo del mundo es ser muy sensiblemente celoso acerca del sobre-embellecimiento del culto de Dios, mientras no tiene escrúpulos o dudas ante cualquier exceso de esplendor y magnificencia en su vestimenta, casas, muebles, equipajes y servidumbre.

Digo que este es el modo en que nosotros los ingleses, que somos el pueblo más rico de la tierra, gastamos nuestra riqueza en nosotros mismos, y que cuando cruza por nuestras mentes el pensamiento, si es que lo hace, de que una aplicación tal de la abundancia de Dios es indigna de aquellos que se llaman seguidores de Aquel que nació en un establo y murió en una Cruz, respondemos tranquilamente preguntando “¿Cuál es el uso de todas esas cosas valiosas que Dios nos ha dado si no podemos gozarlas? La tierra reboza de belleza y riqueza, y el hombre está dotado con la habilidad para mejorar y perfeccionar lo que encuentra en ella. ¡Qué de cosas delicadas y costosas presentan a nuestros ojos las calles de cualquier ciudad rica! ¡Qué de mercaderías, linos finos, sedas extranjeras, metales preciosos, joyas, mármoles, y qué exquisitas hechuras que hacen doblemente digno lo que ya es en sí excelente! ¿Qué puede hacerse —se pregunta— con toda esta generosidad de la Providencia, si El no la hubiera derramado pródigamente en nuestras manos para que sea usada? Y lo que es cierto de las cosas más valiosas, es verdad de las menos valiosas, es verdad de cosas tales como las que aparecen en el camino de las personas ordinarias. Los lujos de la opulencia se nos ofrecen de algún modo a todos, como si fuéramos opulentos,

pues participamos de la opulencia común de nuestro país. ¿Por qué, pues, no podemos gozar de los dones de la naturaleza y el arte que Dios ha dado?”

Ya he sugerido la verdadera respuesta a esta dificultad. La tierra está llena de las magníficas obras de Dios, diréis, y ¿qué haremos con ellas, con los mármoles y piedras preciosas, oro y plata, y fino lino? Darlas a Dios. Ofrecerlas a Aquel de quien, por quien y para quien son todas las cosas. Esta es su destinación apropiada. ¿Es mejor cosa vestir nuestros cuerpos pecaminosos de hilo y joyas, u ornamentar con ellos la casa de Dios y el ritual de Dios? ¿Duda alguien para qué están destinadas todas estas cosas excelentes, o, al menos, para que *no* están destinadas? No ciertamente para que los pecadores se hagan vistosos además. ¡Qué presunción sería, qué sin sentido! ¿No habla el mundo todo en alabanza de Dios? ¿No hablan de Dios cada estrella del cielo, cada árbol y cada flor sobre la tierra, todo lo que crece y que dura, los bosques frondosos, las montañas eternas? ¿No son las perlas del mar, las joyas en las rocas, los metales en las minas y los mármoles en la cantera, todas las sustancias ricas y bellas, no son en todas partes testigos de Aquel que las hizo? ¿No son Su obra, Su señal, Su gloria? ¿No son una porción del vasto templo natural, los cielos, tierra y mar, una enorme catedral para el Obispo de nuestras almas, el Supremo Sacerdote, que creó primero todas las cosas y luego, nuevamente, llegó a ser, adquiriéndolas, su Posesor? ¿No os conmueve, pues, como una presunción extremada y una suerte de sacrilegio, consagrarlas a la gloria de cualquiera y no a la de Dios? Si miramos bien las cosas, ¿puede haber espectáculo más terrible, ejemplo de un culto a sí mismo más completo, una idolatría más detestable, que hombres y mujeres haciéndose finos a sí mismos para que otros deba admirarlos, guardando todas estas cosas para sí, negándolas a su verdadero Dueño, viéndolas como si fueran sólo obras de la “naturaleza”, como se las llama a veces, e incapaces de cualquier propósito religioso? Recordad a Herodes, que fue herido por el ángel y comido por los gusanos, porque no dió a Dios la gloria. Y *cómo* la retuvo? Ataviándose en sus galas reales, haciendo una oración y siendo paciente al grito “Es la voz de un dios y no la de un hombre”. El aparato real le fue imputado como pecado, porque lo usó no para recordarle que era ministro de Dios, sino para impresionar al pueblo co-

mo que era un dios. Y cada quien, de alta dignidad o no, que tiene la práctica de vestirse ostentosamente, sea de hilo o algodón, es decir, cualquiera que viste para ser visto y admirado, está usando de los dones de Dios para un servicio idólatrico y los ofrece para sí mismo.

No, dominemos esta verdad grande y simple: todos los materiales ricos y los productos de este mundo, siendo propiedad de Dios, están dedicados al servicio de Dios, y solo el pecado, nada más que él, puede orientarlos a un propósito diferente. Todas las cosas son suyas. El en su generosidad nos permite tomar libremente todo lo que hay en el mundo, para alimento, vestido y alojamiento, nos lo permite en gran extensión, no nos aflige con duras restricciones, nos da un uso a discreción, del cual debemos responder sólo ante El. Aun así, más allá de todo permiso, en el fondo no debemos tomar lo que no necesitamos. Debemos tomarlo para la vida, para la comodidad, para disfrutar; no para el lujo, no para el orgullo. Démosle de lo suyo, como habla David, honrémosle a El, no a nosotros. Dejemos que la casa de Dios sea ricamente adornada, pues es el lugar donde habita, que lo sean sus sacerdotes porque le representan, los reyes, magistrados, jueces y padres de familia, porque son sus ministros. Estos son llamados dioses en la Escritura, y "todo lo que es llamado Dios o que se le da culto" puede recibir de sus dones que llevan su Nombre. Nada por más rico que sea es pecaminoso si tiene un significado religioso: nos recuerda a Dios, o a los ausentes que reverenciamos y amamos, o a los familiares o amigos que se han ido, o que es un don y no una compra. En la medida que lo desvinculemos del pensamiento de nosotros mismos y lo asociemos con la piedad hacia otros, lograremos santificarlo.

Por eso es que, mientras Abraham envió joyas a Rebeca y Jacob hizo a José una túnica de muchos colores, San Pablo nos da su mandato de que "las mujeres, vestidas decorosamente, se adornen con pudor y modestia, *no* con trenzas ni con toro o perlas o vestidos costosos" (I Tim 2, 9), y San Pedro que el "adorno no esté en el exterior, en peinados, joyas y modas, sino en lo oculto del corazón" (I Pe 3, 3-4). También comparad el libro de Ezequiel con el Apocalipsis y veréis el uso correcto e incorrecto de la magnificencia terrena ejemplificado en la ciudad del Anticristo y la Jerusalén Santa. Los juicios de Dios son denunciados sobre Tiro por el profeta, por ser orgullosa de su riqueza y

haberla gastado en sí misma. "En Edén estabas, en el jardín de Dios. Toda suerte de piedras preciosas formaban tu manto: rubí, topacio, diamante, crisólito, piedra de ónix, jaspe, zafiro, malaquita, esmeralda; en oro estaban labrados los aretes y pinjantes que llevabas". Y ¿qué se siguió de esto? "Tu corazón se ha pagado de tu belleza, has corrompido tu sabiduría por causa de tu esplendor. Yo te he precipitado en tierra" (Ez 28, 13.17). Por otro lado, de la nueva Jerusalén leemos también que los fundamentos de su muralla "están adornados de toda clase de piedras preciosas: el primer asiento es de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista. Y las doce puertas son doce perlas, cada una de las puertas hecha de una sola perla; y la plaza de la ciudad es de oro puro, transparente como el cristal". Y todo esto es apropiado porque es la ciudad de Dios, "y la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero" (Apo 21, 19-23).

Aprendamos de lo que ha sido dicho sobre todo esta lección: ser al menos tan exigentes y decentes en el servicio de Dios como lo somos con nuestras personas y nuestras casas, y si estamos en posesión de cosas preciosas además, dediquémoslas más bien a Dios que guardarlas para nosotros. Y nunca olvidemos que todo lo que podemos dar, aunque sea de Su creación, no vale nada en comparación de los dones más preciados que ha derramado sobre nosotros en el Evangelio. Aunque nuestro altar y nuestra pila bautismal fueran de mármoles costosos, aunque nuestros vasos sagrados fueran de oro y joyas, aunque nuestros muros estuvieran recubiertos por ricos tapices, ¿qué es todo esto comparado con Cristo, el Hijo de Dios e Hijo del Hombre, presente aquí, aunque invisible? Usemos las cosas visibles no para esconder sino para recordarnos las cosas invisibles, y pidámosle que mientras limpiamos el exterior de la copa y el plato, El nos dé el Pan Vivo del cielo y el Vino que es Su Sangre.

*Comentario y traducción
del P. Fernando M. Cavaller*

La Iglesia de los Padres (Historical Sketches, vol II, pp. 127-141, aparecidos en el "British Magazine" desde 1833 en adelante)

Agustín y los vándalos

"El justo perece, y nadie guarda su recuerdo en el corazón; los misericordiosos se van, pues nadie los comprende; el justo es quitado de ante la faz del malvado"

He comenzado dirigiendo la atención del lector hacia los trabajos de dos grandes obispos que restauraron la fe cristiana en lugares donde esta se había visto largamente oscurecida.¹ Ahora pondré ante él, a modo de contraste, una escena de derrocamiento de la religión, de extinción de su luz, perpetrada por los campeones de aquel mismo credo herético al cual se habían opuesto con éxito Basilio y Gregorio. Lo haré enfocando los últimos días del gran Agustín, obispo de Hipona, en África. La verdad triunfó en el Cercano Oriente mediante el poder de la predicación, y fue extirpada en el Sur por el filo de la espada.

Si bien no podemos aplicar las profecías del Apocalipsis a los hechos reales a que ellas se refieren, no es posible empero leer esas páginas inspiradas y luego considerar la disolución del Imperio Romano, sin percibir una notable concordancia de conjunto entre las calamidades de ese período y las predicciones sagradas. Hay un claro anuncio en la página inspirada: "Ay, ay, ay, de los habitantes de la tierra", con anuncio de "granizo y centellas mezclados con sangre", de "árboles quemados y tierra verde abrasada", de barcos destruidos, sol oscurecido, ríos envenenados en un tercio de su curso.² Hay allí una clara profecía de revoluciones sobre la faz de la tierra y en la estructura de la sociedad. Y, por otro lado, observemos cómo, entre otros momentos históricos, esas profe-

cías generales se cumplieron plenamente en la conquista de África por los vándalos.

La costa de África que se extiende entre el gran desierto y el Mediterráneo, era una de las partes más fértiles y opulentas del mundo romano. Su extremidad oriental, especialmente conectada con el imperio, comprendía Cartago, Hipona y otras ciudades célebres como sedes de la Iglesia y como sitios de importancia civil. En la primavera del año 428, los vándalos, de credo arriano,³ y bárbaros de nacimiento y costumbres, cruzaron el estrecho de Gibraltar y avanzaron a través de este fértil distrito produciendo en todas partes devastación y cautividad. Se entregaron a los excesos y crueldades más salvajes, pillando, destruyendo, quemando y masacrando todo cuanto hallaban en su camino, sin perdonar siquiera los árboles frutales, que hubieran podido proporcionar algún alivio al resto de la población que se les había escapado ocultándose en cuevas, retiros montañosos o en tumbas. Y esa desoladora pestilencia asoló dos veces el territorio.

La furia de los vándalos se desató especialmente contra los sitios religiosos. Iglesias, cementerios, monasterios, fueron objeto de su más feroz odio y de sus más violentos asaltos. Penetraron en los lugares de culto, hicieron pedazos todos los ornamentos internos y los entregaron al fuego; y en su afán de obtener tesoros torturaron a los obis-

San Agustín, por Boticelli.



pos y al clero. Conservamos los nombres de algunas de aquellas víctimas. Mansuetus, obispo de Utica, fue quemado vivo; Papinianus, obispo de Vite, padeció sobre placas de hierro al rojo.⁴ Esto sucedía al tiempo en que se reunía en Éfeso el tercer Concilio Ecuménico⁵ al cual, por la inseguridad de los caminos, se dispensó de asistir a los obispos de África. El clero, las hermandades religiosas y las santas vírgenes fueron dispersadas por todo el territorio; el cotidiano sacrificio eucarístico fue suspendido, los sacramentos no podían obtenerse, y las festividades religiosas no se celebraban. No quedaron al cabo más que tres ciudades no visitadas por la general desolación: Cartago, Hipona y Cirta.

II

Hipona era la sede de San Agustín, por entonces de setenta y cuatro años (los últimos cuarenta dedicados a las tareas de su ministerio) y advertido, por ley natural, de la muerte cercana. Era como si la luz de la prosperidad y de la paz se fueran

apagando en África a la par que disminuían las potencias físicas de su mayor apoyo y ornamento terrestre. En ese momento, cuando los terrores de la invasión bárbara se expandían por todos lados, un obispo le escribió para preguntarle si a un jefe de la Iglesia le era lícito abandonar el escenario de sus deberes pastorales para salvar su vida. Diferentes opiniones se habían emitido hasta entonces sobre esta cuestión. En la misma tierra de Agustín, Tertuliano había mantenido que esa huida era ilícita, pero lo había hecho siendo montanista.⁶ En cambio Cipriano había huido y luego había defendido su conducta al ser interrogado por el clero de Roma. También habían huido sus contemporáneos Dionisio de Alejandría y Gregorio de Neocésarea, como lo hiciera Policarpo antes, y como lo hizo después Atanasio.

Atanasio⁷ también tuvo que justificar su huida. En una obra⁸ que conservamos, observa, en primer término, que ella está sancionada en la Escritura por numerosos precedentes. Entre los confesores del Antiguo Testamento están los ejemplos de Jacob huyendo de Esaú, Moisés del faraón, Da-

vid de Saúl; Elías se escondió de Acab durante tres años, y los hijos de los profetas fueron ocultados de Jezabel en una cueva por Abdías. Igualmente, bajo la ley del Evangelio, los discípulos se escondieron por miedo a los judíos, y San Pablo, en Damasco, fue descendido en una canasta bordeando la muralla. Por otra parte, no pueden aducirse antecedentes de obstinación temeraria entre los santos de la Escritura. Nuestro Señor mismo es el principal ejemplo de huida ante la persecución. Siendo un niño de brazos tuvo que huir a Egipto. A su vuelta, hubo de evitar Judea y retirarse a Nazareth. Tras resucitar a Lázaro, como los judíos acechaban contra su vida, "Jesús no salía más abiertamente entre ellos" sino permaneció retirado en las cercanías del desierto. Cuando tomaron piedras para arrojárselas, Él se escondió; cuando trataron de precipitarlo de cabeza, pasó en medio de ellos; cuando se enteró de la muerte de Juan Bautista, cruzó al otro lado del lago a un lugar desierto, apartado. Aunque pueda decirse que lo hacía porque "su hora aún no había llegado" y que cuando llegó se entregó a Sí mismo, debemos preguntarnos, como respuesta, ¿cómo puede alguien saber que ha llegado su hora para arrogarse el derecho de actuar como Cristo actuó? Puesto que no lo sabemos, hemos de tener paciencia; y, hasta que Dios, mediante un acto claro, determine ese tiempo, debemos "andar recubiertos con pieles de ovejas y cabras" más bien que decidir por nuestra cuenta. Incluso al perseguidor Saúl lo dejó David en las manos de Dios, cualquiera fuese Su voluntad, "ya golpearlo, ya que llegase el día de su muerte, ya que debiese perecer durante la batalla".

Si los servidores de Dios —prosigue Atanasio— a veces se han presentado por sí mismos ante sus perseguidores, fue porque Dios se los ordenaba. Así, Elías se mostró a Acab, y también el profeta de Judea a Jeroboam; y San Pablo apeló al César. Huir, lejos de implicar cobardía, requiere con frecuencia más coraje que no huir. Es una gran prueba para el corazón. Mientras la muerte es el fin de toda tribulación, el que huye está siempre esperando la muerte y así muere diariamente. ¿Acaso Satanás no iba a atentarse contra la vida de Job, y sin embargo su fortaleza iba a mostrarse en todo cuanto sufrió? El exilio está colmado de miserias. La conducta de los santos en este caso muestra que no habían huido por miedo. Jacob, en su lecho de muerte, desechó la vida y bendijo uno por uno a los doce patriarcas; Moisés volvió y se pre-

sentó libremente ante el faraón; David fue un valiente guerrero; Elías reprendió a Acab y Ocozías; Pedro y Pablo, que se habían ocultado otras veces, se entregaron en Roma al martirio. Y la prueba de que las anteriores huidas fueron aceptables a Dios está en que durante las mismas Él les otorgó especiales favores. Fue al huir cuando Jacob tuvo su visión de los Ángeles; cuando Moisés vió la zarza ardiente; cuando David escribió sus salmos proféticos; y cuando Elías resucitó al muerto y reunió al pueblo en el Monte Carmelo. Y ¿cómo hubiese sido predicado el Evangelio en todo el mundo si los Apóstoles no hubiesen huido? Desde entonces, todos los que llegaron a ser mártires, huyeron; cuando se presentaron ante sus perseguidores, fue siempre por alguna secreta indicación del Divino Espíritu. Pero, sobre todo, además de todos estos ejemplos que ilustran la regla a seguir en la persecución, y el temple necesario en quienes la cumplen, es el mismo Señor quien da la regla en un claro precepto: "Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra" y "que los que estén en Judea, huyan a las montañas".

Así arguye el gran Atanasio, que vivía en espíritu con los santos del cielo en tanto soportaba trabajos y cuidados en la tierra.

Para los argumentos contrarios, acudamos a un escritor de mente no menos vigorosa pero de temperamento menos dócil, Tertuliano, quien, un siglo y medio antes, escribía como montanista⁹ y decía: "Nada ocurre sin la voluntad de Dios. Él envía la persecución para probar a Sus servidores; para dividir entre el bien y el mal; es una prueba y ¿quién tiene derecho a interferir? Quien premia asigna el combate. Más que permitida, la persecución es enviada en verdad por Dios Todopoderoso. Ella mejora a la Iglesia pues mientras dura pide más seriedad a los cristianos. Viene y se va por orden divina. Satanás no puede tocar a Job sino en la medida en que Dios se lo permite; ni puede tocar a los apóstoles, por lo permitido en estos términos: «Satanás ha querido apoderarse de ti, pero Yo he rogado por ti», Pedro, «y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos». Nosotros oramos «No nos dejes caer en la tentación, sino libranos del mal». ¿Por qué orar si podemos libranos por nuestra cuenta? Se le permite a Satanás un acceso a nosotros, o bien para castigarnos, o bien para corregirnos. Puesto que la persecución viene de Dios, no nos es lícito rehuirlo, no podemos rehuirlo. No podemos, porque Él es todopoderoso; no debemos, porque es toda bondad. Hemos de

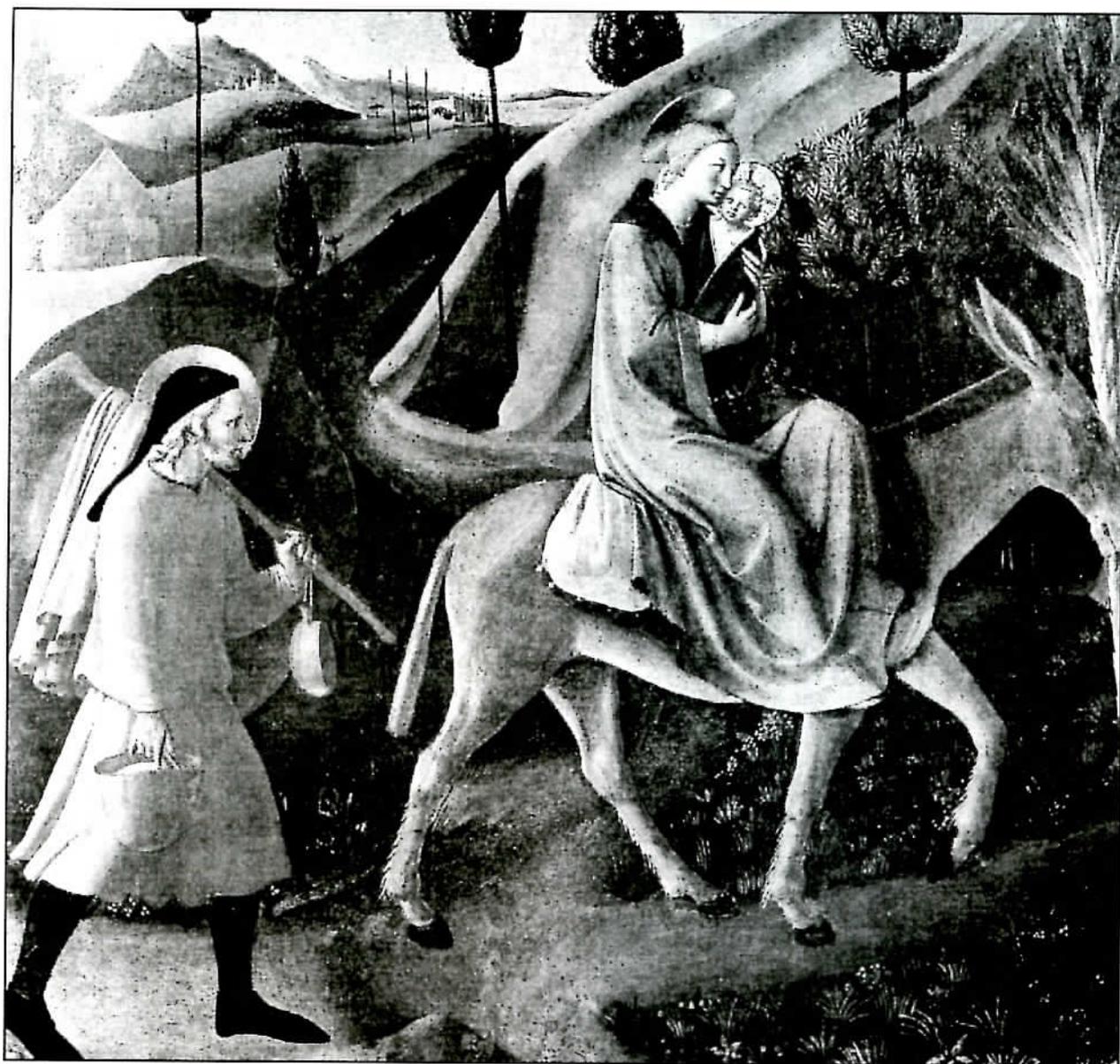
abandonarnos por entero a Dios. En cuanto al mandato de huir de ciudad en ciudad, eso era provisorio, para asegurar la predicación del Evangelio a las naciones. Los apóstoles tenían que huir mientras predicaban a los judíos, y hasta que hubieran predicado a los gentiles; pero se puede argüir asimismo que ahora ya no debemos encaminarnos a los gentiles, sino limitarnos a «las ovejas perdidas de la casa de Israel», e igualmente debemos «huir de ciudad en ciudad». Pero el ir de ciudad en ciudad no era en verdad una huida, era un continuo predicar; no era un accidente, sino una regla: perseguidos o no, los apóstoles debían avanzar en torno, y antes que hubiesen recorrido todas las ciudades de Israel el Señor iba a volver. La orden contemplaba tan sólo aquellas ciudades. Si San Pablo se escapó de Damasco de noche, después sin embargo, contra las oraciones de los discípulos y la profecía de Agabos, volvió a Jerusalén. De modo que el mandato de huir ni siquiera duró todo el tiempo de vida de los apóstoles; y, en verdad, ¿por qué Dios hubiera enviado la persecución si nos mandara retirarnos de ella? Eso sería atribuir inconsistencia a Sus actos. Si queremos textos para justificar no huir, Él dice: «A quienes me confiesen delante de los hombres, Yo los confesaré delante de mi Padre»; «Bienaventurados los que sufren persecución»; «El que persevere hasta el fin, se salvará»; «No temáis a quienes matan el cuerpo»; «El que no carga mi cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo». ¿Cómo podrán cumplirse estos textos cuando alguien huye? Cristo, que es nuestro modelo, se limitó a rezar «Si es posible, que pase este cáliz»: nosotros también deberíamos permanecer firmes y orar como Él. Y se nos dice expresamente que «debemos dar la vida por nuestros hermanos». Igualmente se dice: «La caridad perfecta arroja afuera el temor»; el que huye, teme, y el que teme no es perfecto en caridad. Suele aducirse el proverbio griego: «El que huye, combatirá otro día»; sí, otro día podrá huir de nuevo. Por el contrario, «el buen pastor da su vida por sus ovejas» mientras que el mal pastor «apenas ve venir al lobo abandona las ovejas y huye». Jeremías, Ezequiel y Zacarías nos dicen que nunca está más en peligro el rebaño que cuando pierde a su pastor». Y Tertuliano concluye: «Esta doctrina, hermano mío, quizás te parezca dura, incluso intolerable. Pero recuerda que Dios ha dicho: «El que pueda entender, que entienda», es decir, quien no lo acepte, que se vaya. Quien teme sufrir no pertenece a Aquel que ha sufrido. Quien no teme

sufrir es perfecto en el amor, es de Dios. Muchos son los llamados, pocos los escogidos. No es de Dios quien anda por la vía ancha, sino por la vía estrecha.» Así se expresaba el ingenioso y vehementemente Tertuliano.

III

Con estas observaciones en pro y en contra de la huida en la persecución, nos prepararemos para oír lo que dice San Agustín sobre el asunto —que, como dije, le había sido planteado por un hermano en obispado a raíz de la inminente incursión de los bárbaros. Felizmente se nos ha conservado su respuesta, de la que extractaré algunos párrafos: «A su santo hermano y cofrade en el episcopado, Honorato, salud en el Señor de parte de Agustín. Pensé que la copia de mi carta a nuestro hermano Quodvulteus, que te mandé, te habría bastado, querido hermano, sin que me fuese necesario aconsejarte la conducta a seguir en nuestros actuales peligros. Era una carta breve, por cierto, pero contenía todo cuanto es menester preguntar y responder; decía allí que a nadie se le impide retirarse a sitios bien defendidos si desea y puede estar seguro, y que, por otra parte, no debemos romper los lazos de nuestro ministerio, por el cual el amor de Cristo nos ha comprometido a no abandonar a la Iglesia que debemos servir. En dicha carta decía: «Resulta entonces que, aunque el pueblo de Dios en el lugar en que estamos sea poco numeroso, si se mantiene firme, nosotros, cuya asistencia es necesaria para su mantenimiento, debemos decir al Señor 'Tú eres mi roca y nuestra defensa'».

«Pero tú me dices que este planteo no te es suficiente: no sea que contrariemos el mandato y el ejemplo del Señor de huir de ciudad en ciudad. Así y todo, ¿es concebible que con ello signifique que nuestros rebaños, que Él compró con su sangre, se vieran privados de nuestro ministerio sin el cual no pueden vivir? ¿Habría que considerar como un precedente el que Él, de niño, haya sido llevado por sus padres en la huida a Egipto, mucho antes de fundar iglesias y que hablemos de Su huida? O bien, cuando San Pablo fue bajado desde una ventana en una canasta para impedir que el enemigo se apoderara de él, y así escapó de sus garras, ¿acaso la Iglesia de ese lugar fue privada de su indispensable asistencia, dado que allí había otros hermanos para realizar cuanto le era necesario? Evidentemente ellos deseaban que él, objeto directo de la búsqueda de los perseguidores, se pusiese



La huida a Egipto •

a salvo para bien de la Iglesia Por tanto, que los servidores de Cristo, ministros de Su palabra y Sus sacramentos, hagan en esos casos lo que Él les mandó y permitió. Que huyan de ciudad en ciudad aquellos que son especial objeto de persecución, para que quienes no estén así atacados no abandonen la Iglesia y sigan alimentando a sus hermanos que sin ello no podrían vivir. Pero en el caso en que estén en común peligro todos —obispos, clero y pueblo—, que los necesitados de ayuda no sea abandonados por quienes les son necesi-

rios. O bien transládense todos a un lugar seguro; o bien, si algunos están obligados a quedarse, que no los abandonen quienes tienen que proveerles ayuda eclesial, para que puedan sobrevivir juntos o sufrir juntos lo que su Padre haya dispuesto.”

Agustín menciona luego el argumento de cierto obispo según el cual “si nuestro Señor nos mandó huir en las persecuciones que pueden terminar en martirio, con más razón hay que huir de los sufrimientos estériles de una invasión bárbara y hos-

til", y dice que "ello es verdadero y razonable en el caso de los que no están comprometidos por cargos eclesiásticos"; pero continúa:

"¿Por qué no objetar la obediencia al precepto de «huir de ciudad en ciudad» y no temer, en cambio, lo dicho acerca del «mercenario que deja venir al lobo y huye porque no le importan las ovejas»? ¿Por qué no tratar de conciliar como es debido esas dos indiscutibles declaraciones de nuestro Señor, una de las cuales admite y manda huir, y la otra lo reprende y condena? ¿Y qué otro modo habría para conciliarlas que el que propuse más arriba? Es decir, que los ministros de Cristo que nos hallamos abocados a la persecución somos libres de dejar nuestros puestos, ya cuando no nos queda un rebaño al que servir, o ya cuando, habiendo un rebaño, quedan supliendo nuestro ministerio otros que no tienen la misma razón para huir—como era el caso de San Pablo, o también el de San Atanasio, obispo de Alejandría, quien era especialmente buscado por el emperador Constancio, mientras el pueblo católico que permanecía en Alejandría de ningún modo iba a ser abandonado por otros ministros. Pero cuando el pueblo queda y el ministro huye, y se suspende el ministerio ¿no se trata acaso de la culpable huida del mercenario que se despreocupa de las ovejas? Entonces vendrá el lobo—no hombres, sino el demonio, quien acostumbra persuadir a la apostasía a los creyentes que están privados de la administración cotidiana del Cuerpo del Señor. Así, desconociendo e ignorando vuestro deber, perecerá el hermano débil por quien Cristo ha dado su vida."

"Me referiré solamente al caso en que las cosas llegan a un peligro tan extremo que ya no hay manera de escapar, cuando acude a la Iglesia el rebaño entero, personas de ambos sexos y de todas las edades, solicitando el bautismo, o el perdón, u obras penitenciales, reclamando todos que se les consuele, consagre y administre los sacramentos. Si entonces fallan los ministros, ¡qué ruina les espera a los que parten de esta vida sin ser regenerados o absueltos! Considerad la pena de sus parientes creyentes que no los tendrán compartiendo el reposo de la vida eterna; considerad la angustia de la multitud entera, incluso las maldiciones de algunos en ausencia de ministerio y de ministros."

"Podría objetarse quizás que los ministros de Dios deben evitar esos peligros inminentes para preservarse en provecho de la Iglesia cuando los tiempos sean más tranquilos. Lo admito cuando

haya otros que ejerzan el ministerio eclesiástico, como en el caso de Atanasio. ¡Qué necesario y benéfico era para la Iglesia que un hombre como él permaneciera vivo! De ello da testimonio la fe católica que se mantuvo firme contra los arrianos gracias a su voz y su amor. Pero cuando sobreviene un peligro conjunto y alguien da pie a pensar que huye, no por deliberada prudencia, sino por miedo a la muerte, y cuando el ejemplo de su huida hace más daño que el bien que haría al preservar su vida, entonces no hay razón que valga: no cabe escapar. Para ser breve, si el santo rey David se apartó del azar de la guerra, fue para que no se «extinguiese la luz de Israel» y a pedido de su pueblo, no por propia moción. De no ser así, hubiese dado ocasión a que muchos imitaran esa inactividad, no por el bien de otros, sino por cobardía."

Agustín se plantea luego otra cuestión: ¿qué hacer en el caso en que todos los ministros van a una muerte segura a menos que algunos huyan? ¿o cuando la persecución se realiza con el fin de exterminar a los ministros de la Iglesia? Esto lo mueve a exclamar: *"¡Oh, qué bien sería que entre los ministros de Dios surgiera una disputa acerca de quienes han de quedarse y quiénes irse, para evitar que la Iglesia sea abandonada, o por la huida de todos o por la muerte de todos! De seguro siempre habrá una disputa de este tipo cuando de una parte y de la otra ardan en su respectiva caridad y comprendan la caridad del otro. En tal problema, lo mejor parece recurrir al sorteo. Dios juzga mejor que el hombre en tales coyunturas: si es Su voluntad recompensar a los más santos con la corona del martirio, y guardar a los débiles, o acaso fortalecer a estos últimos para soportar el mal en tanto se lleva de esta vida a aquellos de quienes puede privarse la Iglesia. Si no pareciese oportuno el recurso al sorteo—es una medida de la cual no hay precedentes—, que al menos quienes huyan no causen a la Iglesia la pérdida de servicios sacramentales que son tan necesarios y tan imperativos en tales peligros. Que nadie se arroge ser exceptuado, so pretexto de ninguna gracia particular que le diese derecho a vivir y a huir por lo tanto."*

"A veces se supone que los obispos y el clero que permanecen en su puesto en peligros de ese tipo, por este ejemplo inducen erróneamente a permanecer a sus fieles. Pero nos es fácil remover esta objeción o imputación diciéndoles francamente



La imagen más antigua que se conserva de San Agustín (fresco del siglo VI, Letrán, Roma).

que no se desconcierten ante nuestra permanencia. «Es por vosotros que nos quedamos —debemos de cirles—, no sea que os falle lo que sabemos os es necesario para vuestra salvación en Cristo. Vosotros escapaos, y luego nos liberaréis». Resultaría oportuno decir esto sólo cuando realmente parece obtenerse alguna ventaja al retirarse a un lugar más seguro. Pero si todos, o alguno, respondiesen «Estamos en manos de Aquel de cuya justicia nadie puede huir, vaya donde vaya, y cuya misericordia se encuentra en todas partes, aunque uno no se mueva —ya sea porque lo detenga algún lazo necesario, ya porque lo acobarde la incierta huida—, a tales personas indudablemente no habría que dejarlos privados de socorros cristianos.»¹⁰

«He escrito estas líneas, mi dilecto hermano, según lo pienso en verdad y con toda caridad, para contestar a tu consulta, pero no para presionaros si es que acaso halléis como guía otro enfoque mejor. Sea como sea, en estos peligros no hay nada

mejor que pedir al Señor que se apiade de nosotros.» (Ep.228)

IV

El juicio luminoso, la fe serena y la sincera devoción, que el famoso escritor pone de manifiesto en esta carta, son los mismos que mantuvo en su conducta ante los hechos que sobrevinieron luego. Dicha carta fue escrita cuando la primera entrada de los vándalos en África, unos dos años antes que pusiesen sitio a Hipona; y durante aquel intervalo de terrible suspenso y expectativa, así como de real sufrimiento, rodeado de su desolada Iglesia, ante la perspectiva de sus pruebas personales, encontramos a este infatigable maestro prosiguiendo sus obras de amor con la pluma y la palabra, tanto más ardoroso cuanto sabía que le quedaba poco tiempo, pero tan tranquilo cual si estuviese en época de prosperidad. Empezó una nueva obra contra las opiniones de Julián,¹¹ uno de sus amigos que, tras un buen comienzo, desgraciadamente se había embanderado en el pelagianismo; también, a pedido de sus amigos, escribió un tratado sobre la Predestinación para responder a las objeciones formuladas contra sus primeras obras sobre ese tema; y además sostuvo una controversia contra los Arrianos; a más de empezar una historia de las herejías. Aún más notable resulta esta diligencia de Agustín en cumplir en esos momentos sus deberes de obispo, cuando al mismo tiempo se hallaba comprometido en asuntos políticos, como amigo íntimo y consejero de Bonifacio, el gobernador de África, el cual, tras favorecer la entrada de los vándalos, luego se había opuesto —es decir, Agustín se hallaba en circunstancias que habrían turbado y agitado el espíritu de cualquier otro hombre de edad.

Los acontecimientos llegaron pronto al desenlace. Las multitudes fugitivas se refugiaron en Hipona, y Bonifacio también. Los vándalos hicieron su aparición y pusieron sitio a la ciudad. Entretanto, Agustín cayó enfermo. A su alrededor tenía a muchos obispos africanos y, entre muchos amigos estaba Possidius, a quien le debemos el relato de sus últimos momentos. «Solíamos conversar continuamente con él sobre las desgracias que nos tocaban, y contemplábamos los tremendos juicios de Dios que sucedían a nuestra vista, diciendo: «Justo eres, Señor, y recto es Tu juicio» (ps.118). Un día, a la hora de la comida, mientras conversábamos, nos dijo: «Sabed que en nuestra calamidad actual, ruego a Dios que le conceda la liberación a esta ciudad sitiada, o, si esto no es posible, les dé fortaleza a

sus servidores para soportar su voluntad, o, al menos, que me saque a mí de este mundo». Siguiendo su consejo, nosotros, nuestros amigos y la ciudad entera, ofrecimos junto con él la misma oración. Al tercer mes del sitio, le tomó la fiebre y se acostó, enfermo al extremo.”

Estaba por cumplirse la última parte de su ruego, así como se le acordaría luego la primera, al retirarse el enemigo de Hipona. Pero, para continuar con el relato de Possidius: “Agustín tenía la costumbre de decir, conversando familiarmente, que después de haber recibido el bautismo, ni siquiera los cristianos firmes ni los sacerdotes debían dejar sus cuerpos sin haberse entregado a una penitencia suficiente y conveniente. De acuerdo con ello, durante su última enfermedad, de la cual murió, Agustín se puso a copiar los salmos penitenciales de David, y a colocarlos de a cuatro sobre la pared, para poder verlos desde la cama mientras estaba postrado. Así solía leerlos y sollozar abundantemente. Temiendo que alguien viniese a distraer su atención, unos diez días antes de su muerte nos rogó a quienes lo acompañábamos que no permitiésemos entrar a nadie en la habitación, salvo a la hora de las visitas médicas y de las comidas. Esto fue cumplido estrictamente, y todo su tiempo dedicado a la oración. Hasta su última enfermedad había podido predicar la palabra de Dios en la iglesia sin desmayo con energía e intrepidez, con mente y juicio vigorosos. Se durmió con sus padres a avanzada edad, sano y con sus miembros fuertes, con la vista y el oído intactos y, como se ha dicho, todo el tiempo que lo asistimos lo contemplamos y rezamos con él Participamos del sacrificio divino en su funeral y así lo enterramos.”

Por más que los vándalos fracasaron en su primer ataque a Hipona durante la última enfermedad de Agustín, volvieron a la carga poco después de su muerte bajo circunstancias más favorables.

Bonifacio fue derrotado en el campo de batalla, y regresó a Italia, en tanto los habitantes de Hipona evacuaron la ciudad. Los vándalos penetraron y la quemaron, excepto la biblioteca de Agustín que resultó providencialmente preservada. La desolación que en esa época se expandió sobre la faz de África, fue completada por la posterior invasión de los sarracenos.¹² Sus quinientas iglesias ya no existen. El viajero avizora las sombrías rocas que bordean la costa y no descubre ni la menor traza de cristianismo para consolar esa tristeza. Hipona ha dejado de ser una ciudad episco-

pal;¹³ pero su gran doctor, aunque muerto, habla todavía; su voz se ha desparramado por toda la tierra, y sus palabras han llegado hasta los confines del mundo. No necesita una morada aquel cuyo hogar es la Iglesia Católica; no teme desolación bárbara ni herética aquel cuyo credo está destinado a durar siempre.

Traducción de Inés de Cassagne

NOTAS

1 Se trata de San Basilio y San Gregorio de Nacianzo.

2 Apoc.VIII, 7-13

3 El arrianismo es la doctrina de Arrio, condenada en 325 por el Concilio de Nicea, y nuevamente en 381 por el Concilio de Constantinopla, según la cual Cristo no sería plenamente Dios, igual al Padre. En ello influyó la concepción neoplatónica de un Verbo o Logos que no sería igual a Dios sino una simple emanación suya. Contra este error, el Credo de Nicea afirma que el Verbo (y por tanto Jesucristo, Dios encarnado) “es Dios de Dios, Luz de Luz, engendrado, no creado, consubstancial al Padre”. Posteriormente, se llamará “arrianos” a todos los que negarían la divinidad de Jesucristo, aun partiendo de otras premisas.

4 Los obispos Mansuetus y Papinianus figuran juntos en el Martirologio como habiendo padecido el martirio el 28 de noviembre por orden de Genserico.

5 El III Concilio Ecuménico de Éfeso tuvo lugar entre el 22 de junio y fines de octubre de 428, y declaró que la Virgen María es realmente “theotókos”, Madre de Dios.

6 Tertuliano, en *De fuga in persecutione*, en 203.

7 San Atanasio, obispo de Alejandría, el gran campeón de la fe católica contra los arrianos durante el siglo IV, que sufrió persecución y varios exilios por esa causa.

8 *Apología de su huida*, escrita en 357.

9 El montanismo proviene de Montano, frigio de fines del siglo II, quien, además de exagerar las efusiones del Espíritu Santo, dio pie entre sus seguidores a la creencia de la inminente Parusia y a un rigorismo moral que comportaba asimismo una actitud de desafío durante las persecuciones. Tertuliano al fin de su vida cayó en este error.

10 Esto se cumplió en Inglaterra en los siglos XVI y XVII. Por no dejar privados de socorros cristianos a los fieles católicos que quedaban en Inglaterra tras implantarse allí el protestantismo, los jóvenes con vocación sacerdotal iban a estudiar y ordenarse en el continente, tras lo cual volvían y, ejerciendo el sacerdocio clandestinamente, eran perseguidos y en gran número fueron martirizados (y han sido canonizados).

11 Julián de Eclano, el obispo italiano que retomó la postura herética de Pelagio sosteniendo, como éste, que el hombre puede hacer el bien necesario para salvarse con los solos recursos de su naturaleza. Contra el pelagianismo, San Agustín enfatiza la necesidad de la gracia. La obra aquí mencionada es *Contra Julianum*, empezada en 421 y retomada en 428.

12 Esta invasión de los musulmanes –con sus “jinetes de Alá”– acació en el siglo VII.

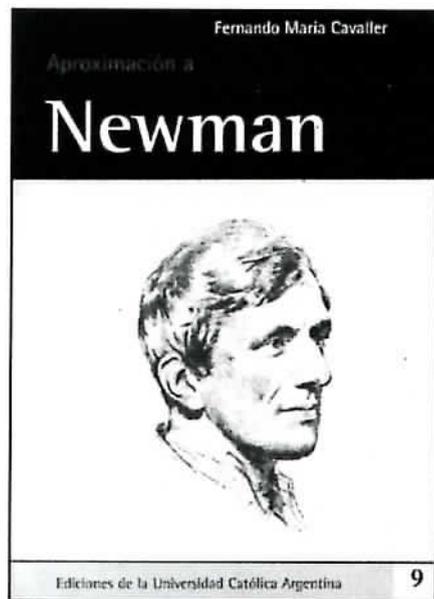
13 Después de escrito este relato, los franceses reinstalaron la sede.

¡NOVEDAD!

Una obra ideal para una auténtica “aproximación” a la vida y el pensamiento del gran cardenal inglés

INDICE DE LA OBRA

1. El hogar familiar.
2. El hogar inglés.
3. La iglesia anglicana: el hogar espiritual.
4. Ealing: el hogar de la primera conversión.
5. Oxford: el hogar de la fe y la razón.
6. Littlemore: el hogar del paso a Roma.
7. La Iglesia Católica: el hogar para siempre.
 - Old Oscott: el hogar de su infancia católica.
 - Roma: el hogar de su juventud católica.
 - El oratorio de Birmingham: el hogar de su madurez católica.
8. El hogar eterno.



EDICIONES DE LA
UNIVERSIDAD
CATOLICA
ARGENTINA



“ Al presente estamos en un mundo de sombras. Lo que vemos no es sustancial. Será rasgado en dos repentinamente y se desvanecerá, y aparecerá nuestro Hacedor. Y entonces, esa primera aparición será nada menos que un encuentro personal entre el Creador y cada creatura. El nos mirará mientras nosotros le miramos....

Aparecer ante Dios y habitar en Su presencia es cosa muy diferente de estar meramente sujeto a un sistema de leyes morales y parecería requerir otra preparación, una especial preparación de pensamiento y afecto, tal que nos permita soportar Su rostro y mantener comunión con El como debemos. Más bien, puede ser una preparación de la misma alma ante Su presencia, así como el ojo corporal debe ejercitarse en orden a soportar la plena luz del día, o el cuerpo en orden a estar expuesto al aire...Esto de hecho es la razón más decisiva para el culto religioso, en la medida que tenemos fundamentos para considerarla verdadera. ”